

GRUPO DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES MARTINISTAS Y MARTINEZISTAS DE ESPAÑA

-G.E.I.M.M.E.-



Inscrito en el Registro Nacional de Asociaciones con el Número Nacional 171370 de la Sección 1ª.
Ministerio del Interior. España.

BOLETÍN INFORMATIVO
Nº 11

21 de Junio de 2.007

S U M A R I O

LOS ÉLUS COHEN Y LA TRADICIÓN OCULTISTA

-Las Fuentes de la Reintegración: Biblia y Talmud-

René Le Forestier

Continuamos con la sección comenzada en nuestro Boletín anterior, donde el autor analiza las posibles fuentes de la Tradición Ocultista que pudieron influir de forma directa o indirecta en la doctrina y la teúrgia de la Orden de los Caballeros Masones Élus Cohen del Universo, fundada por Martinez de Pasqually entre 1.764 y 1.760. En este caso presentamos el Capítulo Segundo del Libro II de su obra "La Franc-Maçonerie Occultiste au XVIII° siècle & L'Ordre des Élus Coens"[1], dedicado a rastrear la "Reintegración" en la Biblia y el Talmud.

El volumen de obras, manuscritas o impresas, en las que se encuentran expuestas las doctrinas místicas judías, es tan considerable, como mal informados estamos sobre la carrera de Pasqually, teniendo en cuenta que fue el fundador de la Orden de los Élus Cohen. Y teniendo que buscar e identificar con la mayor exactitud posible sus fuentes, la labor es una tarea vana.

Por el contrario, es fácil de establecer hasta qué punto su inspiración era perfectamente judía y señalar las concordancias características entre las ideas fundamentales de la Reintegración y los conceptos familiares y habituales en la Biblia, el Talmud y la Cábala.

De primeras, ya el nombre de Cohen que Pasqually da a los miembros de su Sociedad es de lo más significativo. La palabra es una adaptación del término hebreo Cohanim que designaba a la casta sacerdotal más elevada constituida en Jerusalén bajo el reinado de Salomón, para asegurar el servicio divino en el Templo. Los que tenían a los Levitas bajo sus órdenes, pasaban por descender en línea directa de Aarón, por lo que era natural creerles en posesión, por tradición familiar, de verdaderos secretos revelados verbalmente por el Eterno a Moisés y que éste los habría confiado a su hermano. La Reintegración, que puso a los Cohen en funcionamiento antes del reino de Salomón, e incluso antes del apostolado de Moisés, veía en ellos a los ministros de la verdadera religión, en la que el conocimiento y la práctica estaban reservados únicamente a los iniciados. Los Élus Cohen se consideraban de esta forma, por el mismo título, herederos y depositarios de la tradición secreta judía. Judía y no hebraica, porque Pasqually hacía entre las dos palabras una distinción bastante curiosa y llena de sobreentendidos. Que esto sea por afecto a la raza de la que sus padres habían abjurado de la fe religiosa o si verdaderamente era de origen judío como la tradición lo ve, o para explicar el hecho de que los judíos estaban considerados como comerciantes ávidos y sin escrúpulos, aunque reverenciados por los ocultistas como detentores de saberes secretos, el hecho es que no desea en modo alguno confundir a los verdaderos judíos con los hebreos, la aristocracia intelectual con la plebe mercantil.

Los hebreos "no poseen las leyes divinas, contentándose con el ceremonial de una ley que les ha sido negada", siguiendo la profecía de Moisés que dijo a Israel: "Verás el culto del Señor pasar entre las otras naciones en tu perjuicio y tu vergüenza… y no será sino por la virtud de ese mismo culto, que las diferentes naciones te mantendrán sujeto".

Esta decadencia había sido ya anunciada simbólicamente en la época de los Patriarcas cuando Abraham sube al monte Morija, en donde va a inmolar a Isaac, y donde el ángel del Señor debía de aparecérsele; los dos servidores que deja al pie de la montaña "prefiguran el abandono que las naciones de Ismael e Israel harían en el futuro al culto divino, quedando en privación espiritual divina".

Lo mismo que Esaú perdiendo su derecho de primogenitura "muestra la figura de

[1] Edición de La Table d'Émeraude, 1987. Facsímile de la Edición Dorbon-Ainé, 1.928.

realeza que portaría a continuación Israel, que como primogénita espiritual en el mundo y como primera heredera de la ley divina, sería suplantada por aquéllos que vendrían tras ella". Israel probó la desgracia que alcanzó a las naciones surgidas de Sem, Cham y Japhet "cuando fueron separadas vergonzosamente del culto divino y dispersadas entre todos los pueblos"[2]. "EL culto que (los hebreos) ejercen, da a entender que no son conducidos más que por falsos principios y por el príncipe de las tinieblas. Son esclavos de la figura (las formas) del ceremonial de la ley".

Habiendo perdido todo contacto con la divinidad, no conocían ya los bienes espirituales. Aquéllos desgraciados no se encontraban sujetos más que por la codicia de los bienes materiales" y "nada posee más rapiña que el corazón del hebreo". Pero mientras que los hebreos, cuyo nombre significa "confusión", son dignos del error, los judíos o israelitas[3] merecen el respeto, porque judío significa "justo" y "nada es más agradable y fuerte hacia el Creador que la plegaria y la invocación de los judíos". Así que Pasqually no admite ni la más mínima sospecha de lo fundada que se encuentra la reputación de pueblo elegido, en cuanto a la fidelidad de su misión. Él se levanta contra la "ignorancia de los pretendidos sabios" que han calificado "a los hijos de Israel de ladrones y pérfidos", porque como dice la Biblia, a su salida de Egipto, transportaron vasos de oro y de plata, diversos utensilios de metales preciosos y perfumes que habían tomado de los egipcios para celebrar el culto divino".

Pasqually enfatiza que los judíos siempre han actuado por orden de aquél que les había liberado de la esclavitud y que "lo que había tomado la mano de Israel, era un verdadero castigo que la justicia divina ejercía sobre los egipcios, privándoles de los objetos más preciosos de la idolatría". Hay que considerar que esos objetos valían aproximadamente un millón, lo cual era suficiente como para enriquecer a 200.000 hombres, manteniéndoles durante cuarenta días en el desierto, atendiendo los gastos de guerra que sostuvieron. "Ellos no hicieron, ni en el desierto ni al llegar a la tierra prometida, ninguna especie de negocio ni de comercio de bienes materiales con las riquezas que sacaron de Egipto", porque "todos los utensilios de oro y de plata no sirvieron al pueblo de Israel sino para la decoración del Templo y del Arca de la Alianza, que Moisés realizó a la Gloria del Creador, con el fin de operar los cultos divinos". Así, llevándose los objetos preciosos pertenecientes a los egipcios y consagrando al servicio divino aquello que provenía del demonio, los judíos "expresaron uno de los tipos espirituales que operan en el universo"; han "mostrado la muerte de todos aquéllos que se libran por entero a la materia". "Los reproches que se les puedan hacer a este respecto sólo pueden estar dictados por la ignorancia y el orgullo". El abogado benévolo estimó que ese piadoso hurto era un honor para sus clientes.

Esos verdaderos judíos, desdeñosos de los bienes del mundo y devotos típicamente a las ciencias divinas, no nos dice Pasqually bajo qué nombre son conocidos en Occidente, pero es

---

[2] Aquí parece que Pasqually ha perdido de vista el que precedentemente ha protestado contra "el convenio del hombre" que "sin la participación divina" ha distinguido a Ismael, Israel, los cristianos y los idólatras, declarando que la posteridad de Caín, la de Seth y la posteridad femenina de Adam habían formado en un principio "las tres naciones habitantes sobre la superficie de la tierra", asegurando, de acuerdo con la Biblia, que la tierna "fue tras el Diluvio y por orden del Eterno, repartida entre los tres hijos de Noé", de manera que "no puede haber sobre la tierra más que tres naciones principales, de las que toda otra nación compuesta y convencional de nombre, es una emanación". Puede ser, viene a decir, que los descendientes de Sem, Cham y Japhet, obligados a medida que se multiplicaban y que se sucedían las generaciones , decidieran enseñar lo que les había sido dado por los Élus Espirituales de la segunda generación de Noé, explicando de esta forma el nacimiento de religiones politeístas entre los pueblos de la antigüedad.

[3] Pasqually da a esta última palabra un sentido más místico que histórico. Él mismo remarca, después de haber llamado a los Siete Menores Espirituales, discípulos de los tres últimos nacidos de la segunda posteridad de Noé, como "verdaderos israelitas": "Me sirvo aquí de la palabra israelitas aunque el nombre de Israel no era aún conocido en el tiempo del que hablo. Israel significa *fuerte junto a Dios*, pero israelitas significa *fuertes en Dios*, por esto doy ese nombre a los sabios noaquitas de la posteridad de Noé". Es verdad que en algunas páginas más adelante declara, como acabamos de ver, que uno de los dos servidores de Abraham que quedaron al pie del monte Morija, simboliza el abandono "que Israel haría en el futuro del culto divino". Por lo tanto, hay para Pasqually elegidos y réprobos entre los israelitas, como también entre los judíos de nacionalidad.

fácil adivinarlo. ¿Cómo se ha leído su Tratado en el texto original? Nos está permitido sospechar que tuvo nociones de hebreo. El nombre de ***Houwa*** que da a Eva está copiado sobre su nombre en hebreo; Hava (viviente), y cuando la denomina "Hombruna" transporta al idioma francés el procedimiento gramatical hebraico que forma el término *ischa*, designando a las mujeres, añadiendo una desinencia femenina a la palabra *iseh*, que significa hombre. La interpretación que da de los dos nombres sucesivos del padre de los hebreos es conforme a la etimología generalmente aceptada, aunque haya hecho algunas adiciones inspiradas por sus teorías místicas[4].

El menosprecio que profesa por los puntos-vocales, desconocidos en el Talmud, en los Midrachims y en el Zohar, y que rechaza porque "la lengua judaica es simple y sin la puntuación de las convenciones humanas que ha sido introducida en la lengua de los hebreos", prueba, al mismo tiempo que la veneración que sentía por las obras místicas, un cierto conocimiento de la grafía hebraica. Sacando de la reforma masotérica un argumento a favor de la distinción establecida por él entre los Hebreos y los Judíos, declara que la "lengua hebraica" de la que se sirve la posteridad de Heber y que se supone que es la verdadera lengua judía, no es más que una alteración de la lengua primitiva[5].

"Los hebreos se sirven de los mismos caracteres que los judíos pero las diferentes puntuaciones, los acentos y las tildes que se añaden a los caracteres les hacen pronunciar de una forma diferente a esa que es pura naturaleza de simplicidad". Por el contrario, "la lengua judía" que únicamente conserva la pureza original del idioma en el que fue editada la Biblia, es "la lengua de la santidad del Espíritu Divino que dirige las operaciones de los hombres santos o judíos". "Los verdaderos judíos reconocen que el origen alfabético de su lengua proviene de la parte celestial y no de la convención de los hombres. Ellos encuentran todos los caracteres de esa lengua claramente escritos en el recorrido de las estrellas de donde han salido". "Adam y su posteridad, han sido los primeros que hablaron la lengua judaica que es la que la nación espiritual divina había reservado desde siempre para su criatura menor".

Pero si Pasqually tenía algún conocimiento del hebreo, nada prueba que haya sido capaz de atenerse a los textos originales, cuya lectura debía de presentar tales dificultades que no podrían ser superadas sino tras largos años de estudio[6]. Es por tanto más probable que los haya conocido sobre todo por las traducciones parciales que se habían publicado a partir del siglo

---

[4] En Génesis XIII, Jehová, después de haber prometido un hijo al Patriarca, le dice: "no se te llamarás más Abram, sino Abraham, porque serás padre de una muchedumbre de naciones". Según los hebraizantes, Ab-ram significa padre elevado, primer ancestro, y Ab-raham, padre de la multitud. Pasqually reveló a Abram como "padre carnal y terrestre por encima de los padres ordinarios de posteridades materiales terrestres"; Abraham como "padre elevado en multitud de posteridades de Dios". En otra parte se contenta con llamar a Abraham "padre de multitud", como lo hace la Biblia.

[5] No se está de acuerdo sobre la fecha de la introducción de los puntos-vocales atribuido a los Masoretas, los cuales separaron el texto, hasta entonces continuo, en capítulos y versículos. La reforma, que tenía por objeto el hacer la lectura más fácil, se remontaría según diferentes lingüistas más o menos al 570 o como mucho al 800 después de Cristo. Hasta el siglo XVI la antigüedad de los puntos-vocales fue universalmente admitida por los judíos hebraizantes, y cuando Elías Levita avanzó que eran relativamente modernos, su opinión resultó un escándalo. El problema tomó un aspecto confesional con Mathias Flacius, generando en el siglo XVII una auténtica polémica entre Capelle y los hebraizantes Buxtorf, padre e hijo. Falta anotar que la cuestión había sido puesta sobre la mesa en Francia en 1.743 por el abate Michel Fourmont, intérprete del siríaco en la Biblioteca del Rey.

[6] El Talmud presenta dos tipos diferentes de escritura; uno para el texto, que es el hebreo categórico, y otro para los comentarios. Las notas situadas al margen o debajo de las páginas son a menudo impresas en otros varios tipos. Las abreviaturas, muy numerosas, son de formas diferentes según las ediciones, sobre todo en los comentarios y en las notas. La lengua es una mezcolanza de hebreo nuevo y arameo con numerosas particularidades dialécticas. El texto no presenta ni líneas ni capítulos. Ciertos pasajes no son inteligibles más que comparándolos con otros pasajes dispersos en otros tratados diferentes. Un conocimiento de la literatura mística deja aún numerosos puntos oscuros al lector, si no está ayudado por un talmudista experimentado y conocedor de la tradición y de la enseñanza.

XVI[7] y especialmente por las numerosas versiones y comentarios en español que parece haber sido realmente su lengua materna.

Sea como fuere, la Reintegración se encuentra totalmente penetrada del espíritu que animaba a los judíos talmudistas y cabalistas; su autor, en cuanto se refiere a la Ley Mosaica, desarrolla como aquéllos los temas prestados de los textos bíblicos y se muestra inmerso, como ellos, de las creencias populares judías.

∴

La concepción impersonal de lo divino caracterizado por el nombre de "La Chose" [La Cosa], que le dieron los Élus Cohen, corresponde con exactitud a una de las ideas fundamentales de la religión primitiva de Israel. Los antiguos judíos denominaban Elohim a las fuerzas anónimas que presidían la vida y la naturaleza, pero que también podían revelarse subjetivamente al hombre mediante una emoción violenta y paralizante, una especie de disturbio físico, en que la "tracción" mencionada por Pasqually no es más que una forma atenuada. El régimen prescrito a los Élus Cohen recuerda al que imponía la Torah a los sacerdotes, a los que el Levítico (III:17) prohibía, como lo hacía Pasqually con sus discípulos, consumir la sangre y la grasa de los animales, y Saint-Martin, por entonces secretario y celoso discípulo de Pasqually, recordaba a Willermoz que no debía de comer en tiempo pascual más que pan sin levadura, refiriéndose a lo que ordenaba la Ley de Moisés, así como la Pascua judía, a la que Pasqually daba una alta significación en la fecha del 14 de Nisan, fecha obligatoria para la cena pascual a partir del siglo VII.

Ciertos motivos y algunas expresiones preferidas del Tratado, se toman prestadas directamente de la Biblia. El concepto del Elegido Espiritual o Menor Élu, del hombre inspirado por Dios, bien sea directamente o por intermediación de un emisario divino e intérprete de los Menores Espirituales, proviene de manera directa del profetismo, fenómeno particularmente frecuente en la historia de Israel.

Los poderes de los Jueces reposaban en el prestigio de los Profetas, porta-palabras de la divinidad, a los que los particulares consentían libremente en someter sus litigios.

Si los profetas posteriores al exilio: Abdías, Agea, Zacarías, el tercer Isaías, Malaquías, Joel y Jonás, son ante todo sacerdotes y teólogos, aquéllos de antes del exilo: Amos, Oseas, el primer Isaías, Miqueo, Nahum, Jeremías, Sofonías, Habacue, Ezequiel y el segundo Isaías, son "hombres de Dios", videntes e inspirados. Ellos son los prototipos de los Élus Espirituales de Pasqually. Los Menores Élus reciben del Espíritu del supraceleste, que se manifiesta bajo la forma de un Reconciliador, como el diputado "Heli" que se manifestó a Seth, las indicaciones necesarias para rendir el culto a Dios o "las sublimes instrucciones espirituales" sobre el significado del Septenario, el Denario y el Cuaternario, lo mismo que el Nabi, confundido con el Ro'eh u Hozeh (Vidente) de la antigua época, era para los Judíos de antes del exilio un intermediario entre el Espíritu de Dios e Israel, y que los profetas hebreos inspirados por la Ruah divina, o como Ezequiel, Isaías o Daniel, que inspirados por un ángel se dirigían al pueblo obligándole al culto del verdadero Dios.

El acercamiento lo hace el mismo Pasqually , aunque estableciendo una relación entre el papel histórico de los profetas y la intervención que les atribuye en las Operaciones en las que son invocados al mismo tiempo que los Patriarcas declarando que el Creador "ha juzgado necesario para el avance del hombre, elegir espiritualmente seres Menores y dotados del espíritu profético, no solamente para mantener al hombre en las leyes, preceptos y

[7] Traducciones latinas del Talmud habían aparecido en Amsterdam a finales del siglo XVII y Knorr de Rosenroth tradujo al latín numerosos pasajes del Zohar en su obra "Kabbala Denudata".

mandamientos que les habían sido dados, sino también para molestar a los espíritus malignos, y la mayor gloria divina".

El término del que la Reintegración se sirve corrientemente para designar al Menor Espiritual, es decir, al hombre con aspiración ardiente hacia lo divino, le proporciona la aptitud para comprender la enseñanza secreta dispensada por Pasqually; se emplea en el Libro de Daniel, en donde el ángel Gabriel dijo al Profeta: "He venido para decirte que tú eres un hombre de deseo, tú meditas la palabra y comprendes la visión" (IX:23). "Daniel, hombre de deseo, tú entiendes las palabras que te dirijo" (X:11). "No temas, hombre de deseo, la paz está contigo" (X:19).

La "gloria" o aparición luminosa por la que se manifiesta a los mortales el enviado divino en el curso de las Operaciones, es un motivo esencialmente bíblico. Cuando el Señor realizó la alianza con Abraham, una columna de fuego y una antorcha llameante pasaron ante los ojos de las víctimas" (Génesis, XV:17). Es en el seno de una zarza ardiente en que "se apareció el Señor en una llama de fuego" y donde el Eterno habló a Moisés (Éxodo III:2) y la "Gloria de Dios" o nube luminosa, que había guiado a los Judíos en el desierto, reposa sobre el Propiciatorio en el Tabernáculo. Es cierto que la Biblia representa a veces esta gloria como un fuego material, capaz de devorar las viandas y las oblaciones cuando Dios requería el sacrificio. Cuando Moisés y Aarón inmolaron las primeras víctimas ante el Tabernáculo, "el fuego surgió delante del Eterno y devoró el holocausto y las grasas" (Levítico VI:13 y VII:24). Además, "el fuego subió del peñasco y consumió las viandas y los panes" ofrendados por Gedeón, anunciándole así su próxima victoria (Jueces, VI:21). "Entonces el Señor envió un rayo, que abrasó la víctima, la leña, las piedras y el polvo, y secó el agua de la zanja", cuando Elías se encolerizó con los sacerdotes de Baal (I Reyes XVIII:38). Cuando Salomón hubo terminado su plegaria en el Templo, "el fuego descendió del cielo y consumió el holocausto y los demás sacrificios, y la gloria de Jehovah llenó la mansión".

Por todo ello, Pasqually no ignora la fuerza devoradora que puede poseer ese fuego divino, e indica que los habitantes del supraceleste no pueden entrar directamente en contacto con los otros seres temporales "sin consumirlos, por la facultad innata del espíritu que disuelve todo lo que se le aproxima[8]". Pero la Biblia conoce también un fuego inmaterial, que sobre todo es luz y esplendor sobrenaturales. La Luz que Dios hace resplandecer al comienzo de la Creación (Génesis, I:3) no es la luz del sol, el cual no es creado sino hasta el cuarto día, sino más bien "la luz de la eterna Luz de Dios", luz "en que el Señor se envuelve como en un manto" (Salmo IV:2), que le rodea con su claridad, en cuanto se aparece a Ezequiel: "fuego turbulento rodeado de un nimbo, claro como el ámbar, centelleante como la plata pulida... iluminando la tierra con su gloria" (Ezequiel I:4; VIII:2), que Daniel (VII:9) percibe bajo el aspecto de un torrente de fuego surgiendo y expandiéndose ante Dios y que formó el carro y los caballos de fuego que raptaron a Elías de la tierra (II Reyes, II:11). El resplandor de los Pases es, evidentemente, menos resplandeciente, pero hay entre este y la luz sobrenatural de la que habla la Biblia una diferencia en intensidad y no en naturaleza.

Así como la claridad débil esperada por los Élus Cohen no era sino un pálido reflejo de las cegadoras teofanías descritas por la Biblia, igualmente la sensación abrumadora que experimentan en las Escrituras las criaturas humanas con la visión de lo divino ocurre en las Operaciones mediante la "tracción" que opera "la Cosa", fenómeno menos acusado pero análogo. En el preciso momento en que el Señor iba a aparecerse a Abraham, aquél "fue envuelto en tinieblas, bajo un santo horror" (Génesis, XV:12). Antes de aparecerse a Elías sobre

[8] También dice: "Ninguna materia puede ver y concebir el Espíritu, sin morir o sin que el Espíritu disuelva toda la forma de materia".

el Horeb como un fuego, el Eterno anuncia su aproximación mediante un violento viento, seguido por un terremoto, un fuego, y se despide por una brisa ténue (I Reyes, XIX:11-12).

∴

El método por el que Pasqually hace derivar las divisiones del tiempo del cómputo sagrado, corresponde a una particularidad del Código Sacerdotal[9]; en los pasajes del Pentateuco provenientes de este antiguo documento, la palabra hebrea del Génesis que ordinariamente se traduce por "tiempo" o "estaciones" no ha sido empleada para designar las estaciones del año climático, sino que se aplicaba a las estaciones sagradas del año eclesiástico que se encontraban determinadas por la Luna.

La Reintegración emplea el término bíblico para designar la duración de la permanencia que los Menores deberán de realizar en los tres círculos, "en donde estarán obligados a actuar durante un tiempo, dos tiempos y la mitad de un tiempo. El primero es el sensible, el más cercano de la materia terrestre; el segundo tiempo es el visual, el más cercano a la materia rarificada, y la mitad del tiempo es la racional, la que está más cercana del supraceleste".

Entre las múltiples calificaciones que Adam da al Eterno en su acto de contrición figuran las de "Dios del Sabbat" y "Dios de los ejércitos celestes y terrestres de este universo" (Jehovah Zabaoth[10]), que son las expresiones rituales de la Biblia.

La Invocación de los Tres Días emplea igualmente un término consagrado, dando al Señor el calificativo de Kadosch (Santo). No es hasta el Ritual de las Operaciones que se encuentra un esbozo de la Biblia. Manoé, padre de Sansón, quería saber si el ser desconocido que había acudido de parte del Señor era realmente un emisario divino: "Cogiendo un cabrito y libaciones los puso sobre una piedra, y lo ofreció al Señor que opera maravillas, y él y su mujer estuvieron atentos. Cuando el fuego subía hacia el cielo, el ángel del Señor apareció ante sus ojos y Manoé reconoció que era el ángel del Señor" (Jueces XIII:19-21).

La vestimenta del operante recordaba el ropaje sacerdotal particular de los Kohanin de la familia de Aarón, que eran los únicos que poseían el derecho a penetrar en el Mischkam, parte reservada de la Tienda de Convocación y que contenía el Lugar Santo y el Lugar Muy Santo; calzón de lino, túnica sin pliegues, cintura de lino multicolor: blanco, jacinto, púrpura y carmesí. Un cinto de varios colores era también portado por el Cohen-Hagadol o Gran Sacerdote.

El holocausto para la ordenación de Réau-Croix se inspira abiertamente en el sacrificio ofrecido por todo judío aquejado de una impureza legal, y en el curso del cual el oficiante quemaba sobre el altar un animal despojado previamente de su piel.

En cuanto al resto, Pasqually estaba perfectamente informado sobre la cuestión de los sacrificios realizados por los Judíos.

En una carta dirigida a su Substituto General, distingue muy exactamente entre el sacrificio expiatorio, que tenía por objeto el obtener el perdón de la violación de una ley, y el sacrificio "pacífico", acto espontáneo de piedad o testimonio de reconocimiento y que denominaba "acción de gracias"; también recomienda que la piel de cordero sea de color negro, "de lo contrario el holocausto sería de acción de gracias y no de expiación".

Por último, el papel predominante que juegan las fases de la Luna en la determinación de las fechas de las Operaciones, es un recuerdo de las cosmogonías y neomenias consagradas de los Judíos, así como de los egipcios en un sacrificio especial.

---

[9] La crítica moderna designa bajo ese nombre, más recientemente, a los cuatro documentos fundados en el Pentateuco y que fueron redactados después de la toma de Jerusalén por Nabucodonosor en el 586 antes de Cristo.

[10] Es curioso el constatar que dando esta doble traducción de Zabaoth, Pasqually se adelanta a la exégesis moderna que opina que el término designa a los ejércitos de las estrellas, en vez de interpretarse como lo hacían los Israelitas por ejércitos armados.

∴

El espíritu y la imaginación de Pasqually se encuentran en este punto obsesionados por las ideas y las tradiciones específicamente judías, introduciendo en su exposición conceptos que no formaban parte integrante de su sistema místico y que incorporó arbitrariamente.

La prohibición de recibir a los cojos en la Orden de los Élus Cohen se encuentra en las prescripciones del Levítico (XXI:18-21) y en el versículo de los Jueces (II:5-8). "El ciego y el cojo, no entrarán en el Templo", se encuentra justificado un tanto artificialmente en la Reintegración por la herida que Jacob recibió en el curso de su lucha con el Espíritu divino. "Es desde hace tiempo que está prescrito por parte del Eterno, sea en el Templo de Moisés o sea en el Templo de Salomón, que ninguna persona marcada por la letra B sea admitido al culto divino, bajo ningún pretexto".

El número 40, frecuentemente citado en la Biblia, significaba probablemente un tiempo indefinido, transformándose en una constante definida en la Reintegración como: "Los 40 días que llovió durante el Diluvio, representan los 40 años de castigo de Adam, después de su prevaricación, así como el fruto de la reproducción corporal de los hombres no puede venir de la vida pasiva, activa y espiritual más que al cabo de 40 días". Los animales fueron encerrados en el Arca durante 40 días, y es el mismo espacio de tiempo que Noé pasa en ella en el Ararat, pendiente de que se retirasen las aguas desbordadas. Después del Diluvio la tierra permaneció estéril durante 40 años. Jacob no pudo utilizar la potencia espiritual divina para operar los diferentes cultos divinos hasta 40 años después de su ordenación. Moisés permaneció 40 años fuera de Egipto tras su partida, y moró 40 días en la nube del Sinaí, antes de descender portando las Tablas de la Ley.

Cuando Pasqually hizo de la sangre el resorte de la vida orgánica, "el trono y la sede del alma preside y acciona todo lo general (la materia) de la forma particular en la que habita", parafrasea los versículos de la Biblia: "Vosotros no tomaréis la sangre de los animales, que es su vida" (Génesis IX:4); "El principio vital de todas las criaturas reside en su sangre (Levítico, XVII:14).

El desarrollo místico de esta noción, es decir, la idea de que el hombre era culpable debido a ese principio vital del origen material, anatema que fue provocado por la falta de Adam cayendo sobre la sangre, que a consecuencia del sacrificio sangriento representado por la circuncisión se convierte en una forma de purificación obligatoria, ya expresada en el Levítico, se encuentra en la Reintegración, que desarrolla dicho tema de varias formas, haciendo de la efusión de la sangre la condición previa a la reconciliación. "Esta sangre de Abel, esparcida sobre la tierra, es el verdadero tipo y la reacción (acción más fuerte) de la acción de la gracia divina, que da la paz y la misericordia divinas a sus habitantes. Era también el tipo de alianza que el Creador debía de hacer con su criatura después de su reconciliación, como hemos visto que el primer Hombre volvía a la gracia tras el sacrificio de Abel. Esto se ha respetado claramente mediante la circuncisión de Abraham, por la que este Padre de la Multitud obtiene su reconciliación perdida cerca del Creador, y fue por la efusión de su sangre que este Patriarca conoció la alianza que el Eterno hizo con él". "Abraham, evitando ser presa de los demonios, testimonia al Creador su alegría por su reconciliación divina (después del sacrificio del cordero que substituyó a Isaac), y para marcar su fe y esperanza en su reconciliación solicita del Creador una alianza con Él. Fue entonces cuando le dijo el Espíritu Divino: Abraham, circuncida tu carne, y la sangre que extiendas sobre la tierra ante el Señor será una prueba cierta de la alianza que el Creador hace contigo". Es lo que se denomina vulgarmente (entre los profanos) como "Bautismo de sangre". La circuncisión o efusión de sangre de Abraham era un verdadero tipo de la purificación de la materia corporal. Esa efusión servía para purificar la vida pasiva y

disponerla a retener la impresión de las diferentes operaciones espirituales divinas que el Creador había ordenado de nuevo a su servidor Abraham a fin de que dejara el falso culto que operaba en perjuicio de él y de la divinidad. No estaba dotado para esta operación espiritual más que con la vida pasiva o alma espiritual activa".

El milenarismo judío se refleja con claridad en el pasaje del Tratado donde se dice que "los Menores reintegrados en las virtudes y potencias del Primer Hombre esperarán el final de los tiempos en el círculo racional, a la espera de su reconciliación", imagen que hace alusión, sin duda, al Reino de los Mil Años, durante el cual, siguiendo la creencia común en Israel, los Justos debían de gozar de una felicidad sin nubarrones, esperando el fin del mundo.

∴

La Reintegración no se parece a las obras de los rabinos místicos solamente por la pretensión de ser un comentario secreto del Pentateuco, sino también por los postulados en que se apoya y por los procedimientos que se toman prestados. Pasqually apela a la vez a una tradición esotérica y a revelaciones personales. Se considera tanto como depositario de secretos sublimes revelados "al bienaventurado Seth", como intérprete de una "verdad de la Sabiduría" que le "han dictado" para que la escriba.

El motivo principal de su Tratado, es decir, la exposición de la Torah oral o substancia de revelaciones divinas hechas por Dios a Moisés sobre el Sinaí y comunicadas por el profeta a algunos de sus iniciados, es la fuente común a todo el esoterismo Judío.

Los discursos que Pasqually sitúa en boca de los principales personajes del Génesis y del Éxodo son, como lo remarca Franck, una réplica de los que se encuentran en los Midraschim. Los trazos de semejanza más característicos son: 1º- La interpretación mística de los nombres de personajes o localidades citadas en la Biblia. 2º- La exégesis alegórica de pasajes del texto sagrado. 3º- La intervención de la Haggadah en la expresión dogmática.

Es verdad que Pasqually parece tener algún conocimiento de la mística de las letras hebraicas, porque en un lugar del Tratado enseña que la primera letra, Aleph, expresa el pensamiento divino, y la segunda, Beth, su acción, pero no renuncia a seguir investigando su interpretación apoyándose sobre un método serio conocido y fielmente seguido. Sólo un hebraizante especialmente dotado de una paciencia a toda prueba podría intentar descubrir si el Maestro de los Élus Cohen recurrió a la Gematría, el Notaricón o a la Temurah, o incluso a algún tipo de género de Zeruph para encontrar equivalencias místicas a los nombres bíblicos. O también podría suponerse que simplemente ha imaginado las traducciones, para confirmar sus teorías asegurándose de esta forma de que sus lectores creyesen en su palabra.

Sea como fuere, hace del procedimiento talmúdico un uso frecuente. "La interpretación espiritual del nombre de Benjamín significa: *Hijo o Niño de mi dolor*" (aunque Benjamín signifique simplemente "Hijo de mis días"). "El verdadero nombre espiritual de Bethzaleel y constructor del Tabernáculo es Beth, que quiere decir: *Operando la acción del pensamiento divino*"(El Éxodo llama a Bezalel "la sombra de Dios"). Caín significa "*Hijo de mi dolor*" (Caín: vástago); Seth, *"admitido en la posteridad de Dios"*, (Seth: sosegado); Jared, *"hombre iluminado por Dios"* (Jared: descenso).

Es posible que Pasqually haya interpretado el sentido primitivo con un punto de vista místico, como por ejemplo: descenso; descenso del Espíritu Santo. Aún hay muchos más casos; él traduce Noé (Noha: reposo) por alivio. Enos (Enosch, "hombre") por "débil portal". Su traducción de Enoch (Hanock: probado, iniciado) es "que ha sido dedicado", y posee un significado místico unido al sentido verdadero (aunque la razón por la que hace comenzar la palabra por la letra E y no por la H es misteriosa). El nombre de Egipto quiere decir "lugar de

privación divina, o tierra maldita"; el del Nilo, "principio de acción y de operación espiritual temporal"; el del Sinaí, "altura y elevación de la gloria divina"; el del desierto Jeraniaz, "escuchad al Señor"; el nombre del desierto de Phializath, situado entre Magdala y el Mar Rojo, "abismo de amargura"; Lathan, nombre del cometa aparecido en el nacimiento de Enoch, tiene que ser interpretado como "signo de confusión y de pena terrestre".

Algunos nombres con los que Pasqually indica el sentido místico han sido o bien forjados por él mismo o tomados prestados de leyendas talmúdicas tales como Deliacim, primer nombre dado por Jared al hijo que más tarde se llegaría a llamar Enoch, que significa "resurrección del Señor en la posteridad de Seth", Cainam, hermana de Caín: "hija de confusión"; Aba I, tercer hijo de Adam y Eva, "hijo de la materia" o "hijo de privación divina"; Booz, décimo hijo de Caín y asesino de su padre: "hijo de occisión"; Aba IV, sobrenombre dado por Adam a Abel: "hijo de paz"; Aba X, otro sobrenombre de Abel, "ser elevado por encima de todo sentido espiritual".

Pasqually aplica sistemáticamente el método de interpretación alegórico que Philon el Judío había utilizado de forma brillante, fijando las reglas al uso de los místicos judíos. Hemos podido comprobar que emplea largas páginas, cuando se trata de "Tipos" y de símbolos, particularmente de aquéllos que acuden a su especulación, como el Tabernáculo y el monte Morija[11].

Escribe a propósito de la "privación" que Adam mereció por su prevaricación: "Es por ello que el ángel del Señor dijo, según lo que aparece en la Escritura: *Arrojemos de aquí al hombre que tuvo conocimiento del bien y del mal, porque podría enturbiar nuestras funciones espirituales, y pongamos guardia para que no toque el árbol de la vida, y que no viva por ese medio nunca.* El árbol de la vida no es otra cosa más que el espíritu del Creador, que el Menor ataca injustamente con sus aliados. Que no viva nunca significa que no viva eternamente como los primeros Espíritus demoniacos, en una virtud y potencia malvadas".

Enseña que "la esencia" (el verdadero sentido) de las amenazas que el Creador hizo a Adam al arrojarle del Paraíso terrestre, tal y como lo dice la Escritura: "Ve a cultivar la tierra, no te reportará más que espinas", es que, provocando carnalmente, Adam trajo al mundo seres imperfectos, a los que podía llevar en el corazón de un buen padre de una posteridad criminal". Afirma que "las tinieblas con que la Escritura amenaza a los réprobos, no significa otra cosa sino una privación de claridad y de luz, pero solamente una privación de acción espiritual divina en la inmensa circunferencia celeste, donde los verdaderos Espíritus reconciliados (verdaderos reconciliados) realizarán su dichosa reintegración". Haciendo alusión a una tradición en la que Moisés habría comunicado la Ley divina a los Hebreos, teniendo la cara cubierta con un velo que a la vez también cubría las Tablas de la Ley, añade este comentario: "Ese velo rojo que ocultaba al pueblo la cara de Moisés y las Tablas sobre las que se encontraban escritas la intención y voluntad del Creador, representa muy bien a los Espíritus perversos que sirven como velo escandaloso a todos los Menores que se han juntado con ellos (es decir, que los demonios obscurecen la inteligencia de los Menores que les escuchan). El color rojo del velo representa la insinuación del intelecto demoníaco en los principales sentidos de la forma del Menor, que le priva de toda comunicación con los sentidos espirituales divinos y le hace incapaz de retener ninguna impresión espiritual, sea por el tipo del misterio o en la misma naturaleza pura y simple espiritual. La cara de Moisés cubierta anuncia el estado de privación

[11] Es muy posible que Pasqually haya conocido directamente las obras del místico alejandrino, del que había varias traducciones latinas en el siglo XVII, y una recientemente (1.742). Hay que señalar que coincide plenamente con él al situar el principio de que el mundo fenoménico tiene como condición necesaria el tiempo, para hacer del hombre la corona y el término de la creación; una copia del modelo ideal del primer Adam transcendente y reconociéndole un libre albedrío, en virtud del cual es responsable completamente de sus actos.

de conocimientos divinos al que Israel había sido reducido por las alianzas que Moisés había hecho con el príncipe de los demonios y la ignorancia en la que había caído ese pueblo, cayendo del tipo espiritual que Moisés operaba ante él". Los elementos haggádicos se encuentran abundantemente representados en la Reintegración que es sobre todo un comentario esotérico, un complemento de la Biblia, desde el Génesis hasta el Libro de los Reyes.

Es verdad que Pasqually llega a veces a dirigir simplemente a sus lectores a otros textos conocidos... Por ejemplo, juzga inútil "entrar en detalle en la conducta temporal de Abraham, Isaac y Jacob, porque la Escritura dice todo al respecto". Reconoce que "la Escritura habla ampliamente de los diferentes dones que el Creador ha puesto en ciertos hombres emanados de él, para la manifestación de su gloria", y que en lo que se refiere a las siete plagas de las que Egipto fue castigado por Moisés "se puede tener todo al respecto en la Escritura". No se detiene a detallar todos los hechos particulares que les sucedieron a los Israelitas a su salida de Egipto, ya que "la Escritura habla ampliamente de sus diferentes marchas y campamentos". También excusa la ocasión y concisión del texto sagrado al hablar de la segunda posteridad de Noé, de la que la Biblia no hace mención alguna, y comenta: "La Escritura no habla de esta segunda posteridad; el silencio de la Escritura en este punto no nos debe sorprender; ella ha dejado atrás a sujetos muy interesantes para el hombre de deseo, y puede ser que tenga razones muy legítimas, también puede ser que los traductores no hayan encontrado detalles necesarios al hombre incapaz de satisfacer su curiosidad (aunque la vana curiosidad no se satisface nunca)". Pero cuando pretende completar el texto bíblico, sin que sus propias adiciones vengan siempre en apoyo a sus teorías particulares, muestra una imperturbable seguridad, y a juzgar por la abundancia y precisión de los detalles, se creería entender realmente un tipo de relación ocular. Por lo tanto, él mismo nutre los pasajes demasiado concisos a sus ojos.

El Génesis se contenta con decir que Adam había nombrado a los animales, es decir, tal y como lo comprendían los rabinos talmudistas, o sea que había ejercido su derecho de mando sobre ellos. Sin embargo, Pasqually le hacía decir al Creador: "Manda a todos los animales activos y pasivos y ellos te obedecerán", y añadía: "Después de esta operación el Creador dijo a su Criatura: Manda en lo general, sobre la tierra, ella te obedecerá". Que es lo que Adam hizo. Él vio, ya que la potencia era verdaderamente grande, conociendo con toda certeza al segundo, todo lo que componía el universo. Tras estas dos operaciones, el Creador dijo a su Criatura: "Manda en todo el universo creado y todos sus habitantes te obedecerán". "Adam ejecutó entonces las palabras del Eterno, y fue por esta tercera operación que aprendió a conocer la creación universal".

Como en el episodio de la Pitonisa, la Reintegración se encuentra modificada sobre numerosos puntos del recitado bíblico. Siguiendo la Biblia, Saúl quiso conocer el resultado de la batalla que iba a librar contra los Filisteos, y habiendo consultado en vano al Señor y a los sueños, se desplazó disfrazado durante la noche a casa de una maga en Endor que practicaba la necromancia (rigurosamente prohibida por el mismo Saúl), ordenándole que "le mostrara" la sombra de Samuel; aquél se le apareció y anunció al rey que se reuniría con él al día siguiente.

La Reintegración narra que Saúl, proyectando atacar a los Gabaonitas, previamente reconciliados con Dios por Josué, que habían implorado y obtenido el socorro de los Filisteos, y dudando del valor de su tribu preferida, la de Benjamín, ordenó a la Pitonisa venir a verle. La adivinadora, sabiendo que los jefes de Benjamín tenían la intención de hacerla matar por temer que no fuera justa con el rey, rehusó ir, refugiándose en un lugar retirado a una legua de Galboé. Saúl la hizo buscar con órdenes de traerla a la fuerza. Acabando por descubrirla y con la promesa dada "a fe de rey" de que nadie la haría ningún mal, invitó al rey a rendirse después de evocar a un espíritu en su presencia.

Las más frecuentes de las adiciones que el Tratado coloca a los recitados bíblicos son de

carácter anecdótico, a la manera de los recitados talmúdicos. Pasqually sabe de la naturaleza de las provisiones embarcadas en el Arca: "Las provisiones no eran cosas rebuscadas y delicadas como lo sería la harina pura y otras cosas escogidas susceptibles de satisfacer el gusto. En realidad no consistían más que en simples frutos ordinarios de la tierra". Sabe también que "quedaban más de dos terceras partes en el Arca cuando todo el mundo salió". También conocía toda la posteridad de Caín: "Caín se retiró después de su crimen a la región del Mediodía con sus dos hermanas y tuvieron una posteridad de diez machos y once hembras". En cuanto a la ciudad de Henoch, imagina que para su edificación se excavó en las entrañas de la tierra, y que Caín "dejó su secreto tanto en lo que se refiere a la fundición de los metales como al descubrimiento de minas a su hijo Tubalcaín. Es por ello que se nos ha dicho que Tubalcaín fue el primero que descubrió los metales". Están especialmente señaladas las circunstancias de la muerte de Caín: "Gran hombre de caza". Este se libraba con pasión al oficio de la caza en compañía de su hijo Booz, su décimo hijo. Es este íntimo hijo quien dio muerte a su padre Caín, comentándolo de esta manera: "Caín había resuelto ir a cazar bestias feroces, acompañado de dos hijos de Enoch, sus nietos, y no previno a su hijo Booz de la partida de caza que había proyectado para el día siguiente. Booz por su parte, proyectó con dos de sus sobrinos, hijos de Tubalcaín, ir también de caza el mismo día que su padre, pero tampoco le avisó de dicho proyecto. Booz, no teniendo hijos, había depositado toda su amistad en sus dos sobrinos. Booz, sin saberlo, tomó la misma ruta que su padre Caín, y estando los dos entre la maleza llamada Onam, que quiere decir dolor, disparó una flecha que atravesó el corazón de su padre, tomándole por una bestia feroz. Booz, desesperado, suplicó a sus sobrinos que le matasen; cediendo a sus plegarias le iban a disparar dos flechas cuando una voz se hizo entender diciendo: Todo el que diera muerte a aquél que ha matado a Caín, será castigado setenta y siete veces de muerte". Booz, objeto de "la enemistad general de toda la primera posteridad de Caín, se vio forzado a dejar la ciudad de Henoch, retirándose al desierto de Jeranias, donde terminó su vida en la contrición y penitencia".

Pasqually sabe que la posteridad de Abraham, Isaac y Jacob "residió 430 años en Egipto" y conoce la razón por la que el ejército del Faraón se introdujo imprudentemente en medio del Mar Rojo. "Como el Faraón en la obscuridad de la nube enviada por Dios había perdido de vista a los Israelitas fugitivos, ordenó a su ejército alumbrar con antorchas para perseguir a sus enemigos, siguiendo sus huellas, no apercibiéndose que habían ya pasado la orilla del mar y que iban marchando en medio de las olas que se encontraban suspendidas a ambos costados".

Pero es sobre la infancia de Moisés que el autor de la Reintegración posee más enseñanzas inéditas. Nos enseña que el padre de Moisés se llamaba Tupaz, es decir, "lo más grande de la bondad divina", y no Amram, y su madre Maha, es decir, "fecundidad espiritual divina" y no Jocabed "como dice la Escritura", los cuales tuvieron tres hijos: "Merian con sesenta y seis años y tres meses de edad del padre y cuarenta y ocho años y tres meses de edad de la madre. Aron a los setenta y nueve años y siete meses y a los sesenta y seis años y siete meses, y finalmente Moisés, a los ochenta y dos años y diez meses y a los sesenta y cuatro años y diez meses". Tres páginas del tratado están consagradas a un episodio al estilo de los cuentos orientales. Cuentan que la hija del Faraón, orgullosa de la belleza de su hijo adoptivo, lo había presentado un buen día al soberano. Cuando atravesaba una sala de audiencia, la atención del niño que portaba en sus brazos fue atraída por un gran diamante situado en la corona y en el cetro del rey. La princesa, de acuerdo con el deseo del niño, escudriñó alrededor para ver si estaba siendo observada, y no apercibiendo persona alguna, le puso a Moisés el cetro y la corona. El niño los tomó con avidez, pero al no poder levantar la corona, la princesa le ayudó a ponérsela en la cabeza. En ese momento, el niño tiró el cetro a los pies de la princesa y se quitó la corona por encima de su cabeza, lanzándola sobre la mesa y por encima de los pies. Un

"Chambelán" había asistido a la escena sin ser visto por la princesa y fue enseguida a rendir cuentas al rey, aconsejándole hacer matar a ese niño de una raza proscrita y cuya acción suponía un negro presagio. Informada por su padre de la condena a muerte decidida contra su protegido, y del nombre del denunciante, la princesa, a fin de probar que el niño no lo había hecho "ni por despecho, ni por desprecio ni por maldad", hizo traer "una gran cazoleta de fuego". Se puso la cazoleta sobre la mesa con el cetro y la corona del rey. Una vez que el joven Moisés se apercibió del fuego, se precipitó encima sin fijarse ni en el cetro ni en la corona; tomó con su mano derecha un carbón encendido y lo llevó a su boca en donde después lo apagó, tras haberse quemado una parte de su lengua. El Faraón, convenido por esta experiencia de que Moisés no había actuado "por un impulso del Dios de Israel, al que tenía en cautividad", desterró al Chambelán perdonando a Moisés, que salió tartamudo de esta prueba[12].

La obra de Josepho era muy conocida en Francia por la traducción de Arnauld de Andilly (1.676) y del P. Ghuillet (1.756), que podrían ser una de las fuentes de Pasqually, pero las concordancias más indiscutibles no son, en modo alguno, pruebas decisivas. Por ejemplo, el sobrenombre de "Roux" que da a Adam, está indicado en términos explicados por Josepho, que dice: "Ese hombre fue llamado Adamos, que en hebreo significa "roux" (rojo), porque es con la tierra roja de la que fue conformado". Los comentaristas han observado que Josepho combina las dos interpretaciones que pueden recibir las consonantes expresadas en hebreo para el nombre del Primer Hombre, y es verdad que el sentido de "tierra" es el único indicado por la Biblia. Pero el sentido de "rojo", desconocido en la literatura rabínica, se lee en los Pirké (Capítulos) de Rabbi Eliezer, obra atribuida a Eliezer Ben Hyrkam (siglo II después de Cristo), pero que data realmente del siglo VIII y que es una paráfrasis de los dos primeros libros del Pentateuco, conteniendo una gran cantidad de elementos místicos, cuyas fuentes, mucho más antiguas, no han podido ser identificadas. Así, si las Antigüedades Judaicas dan a Adam y Eva hijos, y otro gran número de hijos a Caín y Abel, uno de los Tannaim, escrito en la misma época, llama a una de las primeras hermanas de Abel "Avan", nombre que recuerda extrañamente al sobrenombre dado por Pasqually al mismo Abel.

La tradición anotada por Josepho sigue a aquélla en que los descendientes de Beth fueron, durante siete generaciones, fieles al culto del verdadero Dios y practicaron la virtud, lo que también recoge Rabbi Eliezer que dice: "De Seth desciende la raza de los hombres virtuosos". La señal que según Josepho puso Dios a Caín para protegerle de los animales feroces que el asesino temía que le atacaran en el lugar del exilio en donde había sido relegado por la justicia divina, y el endurecimiento de su posteridad en el crimen, son señales para los cabalistas de la Edad Media, herejes y talmudistas. Estos trozos que dan a la Reintegración una fisonomía propiamente talmúdica son añadidos a las semejanzas secundarias más significativas.

Los personajes de Seth, Enoch y Elías, que juegan en sí mismos un gran papel en la Reintegración en calidad de Menores Élus, son considerados por los talmudistas también en un primer plano. Representan unánimemente a Seth como muy sabio en las cosas divinas. El tratado Hechaloth (residentes de las regiones celestes), atribuido al Gran Sacerdote Ismael y que

[12] Esta anécdota también se narra en parte en las "Antigüedades Judaicas", que en su primera mitad no es más que un resumen de la Biblia al uso de los paganos, introduciendo su autor trozos legendarios extraños a la Escritura provenientes de tradiciones orales. Según Josepho, la hija del Faraón, que había adoptado a Moisés, la cual no tenía progenitura, le presenta a su padre cuando el niño tenía su tercer año, a fin de que tomara a Moisés como su presunto heredero. El Faraón, jugando, puso su diadema sobre la cabeza del niño, pero éste arrojó la diadema al suelo dándole en los pies. Como un hierofante quiso persuadir al rey de que matara a Moisés, la princesa tomó las manos de su padre hablándole y salvándole de esa forma. Esta leyenda se encuentra en la misma forma en el Midrasch Tanhouma. La prueba por el carbón ardiente de la que no hablan ni Josepho ni la Midrasch, ha debido de ser recogida por Pasqually de una Haggadah, buscando explicar la tartamudez de Moisés señalada por la Biblia (Éxodo IV:10).

cuenta la ascensión de Henoch, muestra a éste volviéndose después de su muerte el Metatrón o segundo personaje de la divinidad; Dios le revela todos los secretos de la creación y le confiere el derecho de mandar sobre todos los ángeles haciéndole "un vestido espléndido en el que están tejidas todas las luces". Los talmudistas se apoyaban en una tradición popular que anunciaba la venida de Elías, como hierofante encargado de explicar todo eso que la razón humana es impotente de comprender, teniendo la costumbre de conducir sus controversias a una cuestión irresoluble, citando el proverbio: "Sólo Elías podrá explicarlo". El mismo profeta es mostrado por el Talmud visitando a los rabinos más célebres, viniendo en su socorro cuando se encuentran en peligro, e interviniendo a su favor en sus asuntos privados.

El intelecto bueno y el intelecto malvado de la Reintegración son, bajo otro nombre, el "deseo bueno o malo" (puede ser un buen o mal Espíritu) del que hablan los talmudistas. Ellos reconocen igualmente a un ser protector en cada hombre semejante al "Espíritu acompañante de los Menores que los encierra en su círculo espiritual para defenderles del choque demoníaco que los Espíritus perversos operan en cada instante contra ellos".

Afirman la supremacía del hombre sobre los Espíritus o Ángeles. Reconocen como cierto que el Creador había hecho al principio a Adam tan grande, que su cabeza tocaba el firmamento, por lo que los ángeles protestaron, lamentándose de que el Señor les diera dos soberanos: uno sobre el cielo y otro sobre la tierra. Para calmar su descontento, el Señor se apoyó sobre la cabeza de Adam y redujo su talla, teniendo a partir de esta operación quinientos pies. El rabino Ben Esra indica por su parte que, como los ángeles reprocharon al Señor el haber dado a Adam tan grande potencia, él les pidió reconocer el nombre de sus criaturas. Los ángeles respondieron negativamente, por lo que el Eterno hizo venir a Adam que, ante la gran confusión de los ángeles, dijo sin ningún error los nombres de todas sus criaturas. El Talmud declara que los Justos son más grandes que los ángeles.

Las bujías de representación con las que los Élus Cohen se iluminaban para las Operaciones proceden de la idea expresada por el tratado talmúdico Ketuboth, que afirma que los espíritus de los muertos vienen voluntariamente a los lugares donde una llama arde con esa intención. Pasqually partió simplemente para la cooperación simpática de los Reau-Croix, de un postulado que realmente se aplicaba a los muertos.



LA DOCTRINA MARTINISTA[13]

Jorge Francisco Ferro[14]

La doctrina de Martínez de Pasqually

Pocas veces se han emitido opiniones tan encontradas acerca de un iniciado como las referidas a Martínez de Pasqually. Muchas de ellas (la gran mayoría, de hecho), han surgido de confusiones inexplicables entre el teúrgo de Bordeaux y su secretario y discípulo Louis Claude de Saint-Martín ("le Philosophe Inconnu").

Se ha sostenido que Martínez de Pasqually había sido discípulo de Emanuel Swedenborg o, mucho más frecuentemente, que era un "cabalista" sin mayores especificaciones, cuando, de ser así, hubiera sido más correcto calificarlo de "cabalista cristiano" en razón de sus doctrinas y más especialmente de su teúrgia, sobre todo la del grado supremo de su Orden.

La realidad es que estudiando las dos principales fuentes doctrinarias que dejara Martínez de Pasqually, su "*Tratado de la Reintegración de los Seres*" y su nutrido epistolario, de ninguna manera aparecen fundamentadas tales afirmaciones.

René Guénon agudamente hace notar al respecto que el solo hecho de haber bebido en una fuente hebraica, lo cual es innegable, de ninguna manera convierte a Martínez de Pasqually en un "cabalista", hecho éste que no hubiera sido en nada opuesto al esoterismo judío tradicional, después cristianizado en el Renacimiento, sino que simplemente se debe constatar un hecho objetivo. El Árbol de la Vida, los Sefiroth y otros elementos típicos de la QBL no aparecen o apenas son mencionados en su obra. La importancia que revisten los números en el sistema Martinezista tampoco constituye una prueba, pues el sentido que les atribuye está distante del de la QBL y tal vez sería más acertado buscar su origen en el Pitagorismo.

En este caso es más acertado coincidir con la autoridad de Guénon en el sentido que las doctrinas de Martínez de Pasqually constituirían una "gnosis" (en sentido estrictamente etimológico, un "conocimiento"), definidamente judeocristiana, muy probablemente de origen sefardí, recibida en un centro iniciático misterioso del norte de África. Si bien no se puede, al menos hasta el momento, ofrecer pruebas definitivas al respecto que constituyan una certeza académica desde el punto de vista histórico, existen importantes evidencias doctrinarias en su apoyo, sobre todo después de descartar hipótesis insostenibles como las que fueron mencionadas.

El Tratado de la Reintegración de los Seres

El nombre original de la obra era "*La Reintegración* y *la Reconciliación de todo ser espiritual creado con sus primeras virtudes, fuerzas y potencias en la alegría personal que todo ser gozará distintamente (individualmente) en la presencia del Creador*". Este largo título daba un somero esbozo de las doctrinas básicas de la teúrgia de Martínez de Pasqually. Posteriormente, ese título fue cambiado por el de "*Tratado de la Reintegración de los Seres en sus Primeras Propiedades,*

---

[13] Se utiliza aquí el término "Martinista" en su acepción más amplia, esto es, englobando las distintas ramificaciones surgidas de la Tradición de la Orden de los Caballeros Masones Élus Cohen del Universo y su doctrina, tal como es el Régimen Escocés Rectificado y las filiaciones de Louis-Claude de Saint-Martin.

[14] Argentino. Licenciado en Sociología por la Universidad de Buenos Aires y Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Kennedy. Especialista en Templarios, Masonería y sociedades secretas. Investigador científico del CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas). Es autor de numerosos libros y artículos de su especialidad publicados en Argentina y en el extranjero, entre los que se cuentan: "El Martinismo Tradicional", "La Masonería en la ciudad de La Plata" y "Secretos Herméticos de la Caballería". Ejerció la docencia universitaria. Es miembro de varias sociedades científicas y Academias, tanto en Argentina como en otros países.

Virtudes y Potencias Espirituales y Divinas", que enunciaba también los propósitos de la Teúrgia de don Martínez.

Según las doctrinas expuestas en el *Tratado,* toda la historia de la humanidad y en particular la del pueblo judío, se explicaría por dos hechos fundamentales: las consecuencias del Pecado Original y la división fundamental del género humano en dos clases distintas, la de los Réprobos y la de los Elegidos[15].

Dios habría emanado a Adán para que fuese el guardián de la prisión donde habían sido encerrados los ángeles rebeldes. Tal prisión era el mundo material creado a tal efecto. Adán, revestido de una forma "gloriosa" (luminosa), tenía bajo sus órdenes los espíritus de rango más elevado y tenía poder sobre toda la Creación. Pero, seducido por los pérfidos engaños de los espíritus perversos se había arrogado derechos propios de Dios tratando de darse una posteridad "espiritual", es decir, emanar, a su vez, sin la cooperación divina, seres semejantes a sí mismo. El castigo de esta falta fue doble: la temeraria empresa no produjo más que una forma material, "Hewa" (Eva). Aprisionado también en un cuerpo de materia, Adán tuvo que habitar sobre la tierra, viviendo "en privación" desde ese momento, es decir, cortada toda comunicación directa con Dios. Así estuvo expuesto a las emboscadas y a los ataques de los malos espíritus que antes dominara.

La humanidad surgió de las relaciones que el Adán caído mantuvo con "Hewa", pero la suerte de los hombres en la vida futura, cualquiera sea la raza a que pertenezcan, será muy diferente según ellos desciendan de Caín o de Seth. La posteridad del primero está condenada a permanecer eternamente "en privación"; la del segundo puede esperar una "reconciliación" que la pondrá, después de las pruebas de este mundo y las de las esferas superiores, en contacto directo con Dios con quien se unirá "al final de los tiempos".

El origen divino del Primer Hombre le había otorgado un carácter indeleble que la Caída, aunque lo había convertido en un "Menor", no había podido borrar completamente. Ante el arrepentimiento de Adán, el Señor había consentido en manifestarse por su Palabra y en reconciliarse con su criatura. La posteridad de Seth (también llamados los Justos, tales como Noé, Abraham, Jacob, Moisés y profetas como Elías), había heredado, según el testimonio de los Libros Santos, el privilegio de recibir comunicaciones del Altísimo por el intermedio de los espíritus del mundo celestial y del superceleste quienes se les aparecían y les hablaban en el Nombre del Eterno. El ejemplo de esos "Menores Elegidos" mostraba que, por su intermedio, los "Menores Espirituales" (la posterioridad de Seth), podían ser objeto de favores de naturaleza semejante.

La manifestación de uno de estos espíritus "reconciliadores" al mismo tiempo que anunciaba la beatitud final, era la condición necesaria de la salvación, pues marcaba al Menor favorecido por la presencia con un "carácter" o sello Angélico. La "Reconciliación" era el estado preliminar y obligatorio que precedía a la "Regeneración" que después de la muerte física del Menor y del paso sucesivo por las esferas superiores, le daría acceso al mundo superceleste del cual la Caída de Adán lo había exiliado. Según la cosmología de Martínez de Pasqually, el mundo "celeste" era aquél en el cual evolucionaban los astros y por lo tanto formaba parte de la Creación material; en tanto que el mundo "superceleste" estaba habitado por los espíritus de más alto rango que vivían en el "Círculo de la Divinidad". Todo hombre deseoso de saber en este mundo cuál sería su destino al abandonar la vida material debía entonces esforzarse para recibir esta prueba cierta de su "Reintegración", al menos parcial, en las "propiedades, virtudes y potencias espirituales y divinas" que habían sido otorgadas en el principio al ancestro del

[15] Sobre al análisis del contenido del Tratado, Cfr. René Le Forestier, La Franc-Maçonnerie Templière et Occultiste, Aubier, París, Lovaina, 1.970.

género humano.

El "*Tratado de la Reintegración de los Seres*", escrito a pedido de los "Émulos" (discípulos), quedó inconcluso por el viaje de don Martínez de Pasqually a Port-au-Prince donde hallaría la muerte. Había desarrollado sus doctrinas basadas en el Antiguo Testamento y todo hace suponer que, de haber seguido viviendo, el *Tratado* habría abarcado también el esoterismo del Nuevo Testamento. Esta hipótesis aparece apoyada por el hecho que, dentro de sus prácticas teúrgicas, el grado más alto, los Réau-Croix, eran los únicos autorizados a evocar al Cristo Glorioso que reinaba sobre los espíritus de los profetas, patriarcas, santos y ángeles.

Las Operaciones Teúrgicas

Pero el Menor Espiritual debía saber que no eran suficientes la devoción más sincera, los ejercicios de piedad más asiduos ni las plegarias más fervientes para obtener la promesa de la salvación. Era necesario merecerla por medio de "penosos trabajos del cuerpo y del espíritu" procediendo a ejecutar ciertas "operaciones". Con este nombre Martínez de Pasqually designaba un conjunto ordenado de rituales cuyos detalles estaban minuciosamente establecidos, pues el Émulo estaba advertido de que buscando ponerse en contacto con el mundo sobrenatural se exponía a los mayores peligros. No solamente los Espíritus Perversos intentaban sin cesar "aplastarlo" paralizando sus miembros o engañarlo apareciendo con un falso "Cuerpo de Gloria", sino que aún la proximidad de los Espíritus Benignos podían tener consecuencias terribles para la forma corporal del Menor, incapaz de soportar el contacto con el fuego divino del cual los Espíritus tomaban el brillo para hacerse visibles. Por lo tanto, era necesario tomar grandes precauciones al respecto y defenderse de los ataques insidiosos o brutales. Por lo tanto, el Operador tenía como objetivos rechazar a los Espíritus Malignos y evocar, bajo medidas de seguridad, a los Espíritus Reconciliadores.

Contra los primeros, el Operador se servía de un "escudo" talismán de forma triangular cuyas puntas tornaba sucesivamente hacia el Mediodía, morada de los demonios. También se encerraba dentro de uno o varios círculos trazados con tiza sobre el piso en el que inscribía los nombres y "hieroglifos" de los patriarcas, de los profetas y de los apóstoles unidos al trabajo para contener aún más al "Maligno". Pronunciaba "exconjuraciones" para "ligar, detener y aniquilar en sus abismos de tinieblas" a Satán, Belzebuth, Baram y Leviatán, "poderosos demonios de las cuatro regiones del Universo", junto con sus legiones diabólicas. Al mismo tiempo, buscaba atraer a los buenos espíritus por medio de fumigaciones balsámicas, de numerosos cirios, de testimonios de respeto e invocaciones propiciatorias. Purificaba los círculos que había trazado con un braserillo con carbones ardientes sobre los que había arrojado incienso; iluminaba los caracteres trazados sobre los círculos con "estrellas" (bujías de cera); con los pies desnudos y prosternado en su totalidad, pronunciaba invocaciones dirigidas a los espíritus que había elegido de entre los nombres de un Repertorio de 2.400; inscribía los símbolos correspondientes dentro del "Círculo de la Presencia Divina"; finalmente, refugiado en el "Círculo de Retiro", esperaba la manifestación solicitada. Las Operaciones debían ser repetidas tres noches consecutivas en diferentes épocas del año.

El resultado obtenido era llamado "Paso", indicando de esa forma que la manifestación era, por naturaleza, extremadamente breve y fugitiva. Por lo tanto, era necesaria la máxima atención para poder percibirla. Los "Pasos" que revelaban la presencia momentánea del Espíritu reconciliador en la Cámara de Operaciones podían impresionar de diferentes formas los sentidos del Émulo: sentía "la carne de gallina por todo el cuerpo", o escuchaba débiles sonidos; pero, en general, "la manifestación se operaba por la visión", por la percepción de resplandores y chispas. Para poder percibirla, el Operador extinguía los cirios y velaba la llama

del único candelabro que permanecía encendido hasta el final de la ceremonia. Los resplandores podían ser de diversos colores: "blanco, azul, blanco-rojizo, de color mixto o todo blanco, color de vela de cera blanca". Pero, de cualquier aspecto que fuesen, estaban considerados como el reflejo de la "forma gloriosa" de un Espíritu que había respondido, con la autorización de Dios, a la invocación de un Menor Espiritual. Las formas que ellas adoptaban, igual a alguno de los "hieroglifos" trazados en los círculos, permitían identificar al Espíritu reconciliador y saber entonces a qué rango pertenecía en la jerarquía celeste. Por supuesto que el favor acordado al Émulo era más precioso cuanto más elevado era dicho rango.

Por medio de su exégesis esotérica de los textos bíblicos, el *Tratado de la Reintegración* establecía que el "verdadero Culto Divino" tenía por objeto y justificación el producir "los frutos espirituales provenientes de las operaciones espirituales-temporales", es decir, hacer aparecer "el Espíritu que el Sabio (el iniciado) sujetaba por la fuerza de su Operación". Este Culto había sido transmitido por una tradición secreta, ignorada por las religiones públicas, cuyos herederos habían sido Abel, Seth, su hijo Enoch, los siete Menores Elegidos de la posteridad de Noé, Jacob y Moisés entre los israelitas, pues Martínez de Pasqually colocaba entre los Menores Elegidos a todos los personajes de la Biblia a quienes Jehová se había manifestado sea por su Palabra o por intermedio de sus ángeles. De esta manera, los fenómenos visuales, táctiles o auditivos que se producían en la Cámara de Operaciones eran una forma debilitada de las manifestaciones divinas relatadas en la Biblia. Después de Jacob y Moisés, dicha tradición secreta había sido transmitida por una cadena de Superiores Incógnitos de los cuales Martínez de Pasqually era el heredero. Los Émulos que recibían su iniciación y sus doctrinas practicaban, bajo su supervisión, el antiguo Culto Divino y constituían el verdadero sacerdocio. El propio nombre de "Cohen (sacerdote) del Universo" que figuraba en el nombre de la Orden indicaba claramente su dignidad dado que tal palabra era una adaptación de la palabra hebrea "Cohanim" que designaba a la clase sacerdotal más elevada, constituida en Jerusalén para asegurar el servicio divino del templo. Los "Cohanim", que tenían a los Levitas a sus órdenes, pasaban por descendientes directos de Aaron y por ello estaban en posesión de verdades secretas reveladas a Moisés por el Eterno y comunicadas oralmente por éste a su hermano. Así, para obtener frutos de sus Operaciones, cada uno de ellos debía recibir una "ordenación", pues esa consagración sacramental le confería una virtud especial que lo convertía en un "Muy Poderoso Maestro". Ese carácter era considerado como indeleble por los Émulos, cualesquiera que pudieran ser sus conductas y sus actos posteriores. Louis Claude de Saint-Martín, por ejemplo, al pasar "a sueño" en la Orden le escribía en estos términos a otro Émulo que permanecía en actividad: "Nosotros permaneceremos para siempre ligados como Cohens y como iniciados".

La fraternidad que se establecía entre los Émulos "regularmente ordenados" por medio del sacramento secreto se manifestaba especialmente en el ejercicio de sus funciones sacerdotales. Las solemnes Operaciones debían ser efectuadas exactamente a la misma hora por todos los Cohens ordenados y autorizados. Las Cámaras de Operaciones donde ellos oficiaban podían estar situadas a una gran distancia unas de otras, por ejemplo, en Lyon, París y Bordeaux, pero un sincronismo perfecto era absolutamente necesario para que pudiera actuar lo que se llamaba, en el sentido estrictamente etimológico del término, la "cooperación simpática" que, a través del espacio, aportaba a cada uno de los oficiantes la ayuda espiritual de todos sus cofrades. Para materializar su ayuda, en cada Cámara de Operaciones, uno de los círculos trazados tenía en su interior tantas velas como Muy Poderosos Maestros, corporalmente ausentes, pero presentes de intención participaban en el ritual teúrgico.

Cuando los "Sacerdotes del Universo" cumplían sus funciones utilizando una vestimenta especial: túnica, calzas y medias negras, sobre lo cual usaban una robe blanca bordeada en lo

bajo por una guarda color rojo fuego de un pie de ancho; las mangas "cortadas en forma de alba" estaban bordeadas de igual forma pero de un ancho de sólo medio pie; el cuello poseía una guarda semejante pero de tres dedos de ancho. Sobre la robe se colocaban un collarín, en forma de sotuer, de color azul que pendía del cuello; una banda negra caía del hombro derecho a la cadera izquierda, otra banda color verde agua atravesaba el pecho y finalmente otra banda roja ceñía la cintura sobre el vientre. Cuando penetraban en la Cámara de Operaciones, no debían llevar sobre ellos nada metálico, "ni siquiera un alfiler", y llevaban el calzado "en pantufla" para poder quitárselo fácilmente antes de poner el pie dentro de los círculos.

Los Sacerdotes del Universo debían observar una "regla de vida" particular: les estaba prohibido consumir sangre, grasa y entrañas de cualquier animal; tampoco podían ingerir pichones domésticos. No podían librarse a los placeres de los sentidos sin la mayor moderación y estaban sometidos, dos meses por año, a observar un ayuno severo. Debían abstenerse de todo alimento durante las once horas precedentes a las Operaciones.

Los aspirantes no eran admitidos al sacerdocio secreto sino después de un largo noviciado dentro de los grados inferiores.

No sólo exteriormente sino esencialmente, la Orden de los Caballeros Elegidos + Sacerdotes del Universo constituía un Rito o Régimen masónico especial derivado, en su estructura, de la Masonería Estuardista jacobita que canalizaba una teúrgia judeocristiana. En el pensamiento de Martínez de Pasqually, tal vez esta constituía la única y auténtica Masonería de tradición, pues la economía y los efectos del verdadero Culto Divino eran el alma y la substancia del secreto masónico dado que, simbólicamente, el masón era el emblema del Menor Espiritual. Los masones que practicaban los diversos Ritos de la Masonería Especulativa no eran sino masones "apócrifos". Cuando uno de tales Hermanos solicitaba ser recibido en uno de los "Templos" (logias) de los Caballeros-Masones Elegidos + Cohen del Universo, en caso de votación favorable, era admitido en la Clase del Pórtico compuesto por tres grados: Aprendiz Elegido Cohen, Compañero Elegido Cohen y Maestro Particular. Después de un estado probatorio en estos tres grados preliminares recibía los tres Altos Grados: Maestro Elegido Cohen, Gran Maestro Cohen y Gran Elegido de Zorobabel. Solamente después de haber pasado por estos seis grados, en los cuales aparecían la mayor parte de los símbolos y los ritos utilizados en otros sistemas masónicos pero interpretados según las doctrinas expuestas en el *Tratado de la Reintegración,* era admitido al grado supremo de Réau + Croix con el título de Muy Poderoso Maestro.

Estos complicados rituales teúrgicos tenían por objeto convocar a las jerarquías angélicas, a la llamada del Operador, por medio del poder propio de las palabras sagradas de las fórmulas sacramentales y la voluntad del hombre. Los Caballeros Elegidos de Martínez de Pasqually ejecutaban tales ritos sagrados al servicio de la más alta Teúrgia. La mayor parte de las prescripciones de los rituales operativos eran usadas desde la más remota antigüedad. Por ejemplo, toda Operación comenzaba a medianoche en punto; el Muy Poderoso Maestro que deseaba estar "perfectamente en regla" llevaba a la Cámara de Operaciones suelas de corcho en el calzado para protegerse de los fluidos nocivos que pudieran emanar del suelo; los cirios y los incensarios debían ser encendidos con "fuego nuevo", casi siempre obtenido por medio de una lente que concentraba el calor solar. La Ordenación incluía un "holocausto de expiación" imitando los sacrificios practicados por los hebreos. También la astrología cumplía un rol importante en las Operaciones: era de gran importancia el momento en que debían comenzar, tras cálculos exactos, pues aportaba al Operador la ayuda de un influjo astral favorable. En caso contrario, "los círculos planetarios estaban habitados por seres espirituales malignos que se oponen a las potencias buenas y combaten la acción de los buenos influjos que los seres espirituales planetarios benignos están encargados de repartir por todo el mundo" y entonces

los trabajos del Operador quedarían "sin fruto". Por este motivo, los trabajos debían tener lugar durante los catorce días siguientes a la Luna Nueva. La "Gran Operación Anual", en la que participaban todos los Muy Poderosos Maestros y que era, en teoría, la más eficaz, estaba fijada en el equinoccio de primavera justo en el momento en que el Sol, reflejo del "fuego divino", retomaba fuerza y vigor. La ceremonia de Otoño, aunque menos poderosa, era sin embargo superior a los llamados "Trabajos de los Tres Días".

Según el *Tratado de la Reintegración,* el Cristianismo era la religión universal a la que se convertirían todas las razas de la tierra por ser la heredera de la Ley Divina proclamada por Moisés.

El Esoterismo Cristiano

Martínez de Pasqually decía: "Nuestra Orden está fundada sobre tres, seis y nueve buenos preceptos; los tres primeros son los de Dios; los otros tres son sus Mandamientos (Decálogo), y los tres últimos son los que nosotros profesamos en la Religión Cristiana".

Para hablar del fundador de la Iglesia y de su misión utilizaba conceptos que hubieran sido aprobados por los más exigentes doctores de la Sorbona. Con un procedimiento similar al de la apologética, descubría en los relatos de la Biblia alusiones que prefiguraban las enseñanzas del Evangelio, los dogmas de la Iglesia Católica Romana (de la cual era un feligrés practicante) y la llegada del Salvador. Un pasaje del *Tratado de la Reintegración de los Seres* databa expresamente la fundación del Verdadero Culto Divino desde la llegada de Cristo, advenimiento que significaba la culminación de un proceso de Revelaciones progresivas. En una carta a Jean-Baptiste Willermoz, decía: "Cristo ha dicho: cualquier cosa que demandéis en Mi Nombre la obtendréis..." Tal es la clave de la Ciencia (Teúrgica). Por lo tanto, sus Émulos tenían sobrados motivos para considerarle un doctor en Esoterismo Cristiano de la "Disciplina Arcani" revelada a sus iniciados por el Dios-Hombre que exorcizaba a los demonios y a quien obedecían los ángeles.

Las "Obligaciones Espirituales" o ejercicios prescritos a los Caballeros Elegidos confirmaban este punto de vista, pues eran iguales o aún más estrictas que las que practicaban los demás católicos. Los Émulos tenían la orden de leer diariamente el Oficio del Espíritu Santo en el "*Petit Livre du Chrétien dans la pratique du serviteur de Dieu ou de l'Eglise";* antes de acostarse debía recitar el "Miserere Mei" y el "De Profundis"; durante las tres noches de las Operaciones, los Muy Poderosos Maestros comenzaban sus trabajos recitando los siete Salmos y las Letanías de los Santos. Para dejar bien sentado que su Ministerio era teúrgico y cristiano, Martínez de Pasqually había conferido a los Émulos admitidos al grado supremo el titulo de Réau + Croix, cuyo primer término recordaba el nombre esotérico que llevaba Adán antes de la Caída cuando comandaba a los ángeles y el segundo aludía al símbolo venerado por todos los cristianos. Según el *Tratado de la Reintegración,* Jesucristo había sido precedido por muchos "Reconciliadores" entre los cuales se mencionaban Enoch, Noé, Melki-Tsedek, José, Moisés, David, Salomón y Zorobabel.

Los Caballeros Elegidos estudiaban y asimilaban estas doctrinas con la esperanza de que, unidas a las prácticas teúrgicas, los harían "semejantes a Cristo". La gran mayoría de los Muy Poderosos Maestros no podría llegar muy lejos en las vías de la realización efectiva ni en la posesión de los dones preternaturales que ya tampoco ejercían los ministros del culto público y exotérico. La mejor prueba de ello la constituía el hecho de que, entre el clero, ya no se contaban más los exorcistas si no era a título honorario, y tal como les reprochaba Louis Claude de Saint-Martín, uno de los más ilustres Caballeros Elegidos, habían "perdido el secreto de la manifestación de todas las maravillas y de todas las luces que debían pertenecer a su ministerio

y de las cuales el corazón del hombre tenía una necesidad tan grande".

Emile Dermenghem, en su Introducción a la "*Mémoire Inedit de J. de Maistre au duc de Brunswick*", señala que "los Cohens lioneses no estaban lejos de considerarse como los sacerdotes de la verdadera Iglesia interior, iniciados en los misterios del Reino de Dios, con más títulos que los simples eclesiásticos incapaces de hacer prodigios, de curar mágicamente a los enfermos y muy ignorantes de los arcanos cabalísticos". Salvo ciertas impropiedades del lenguaje tales como "curar mágicamente", en lugar de curar en el nombre de Jesús, o de arcanos "cabalísticos", la Cábala no tenía un lugar destacado en la Teúrgia Crística de Martínez de Pasqually, la observación de dicho autor es muy válida en relación con la perspectiva de los Caballeros Elegidos + Sacerdotes del Universo, pues según sus doctrinas, la transformación que operaba el sacramento esotérico de la ordenación como Réau + Croix convertía al recipiendario en un ser que poseía una comunicación con Dios aún más directa que la de los sacerdotes de la Iglesia primitiva. Según Martínez de Pasqually, los Muy Poderosos Maestros Réau + Croix (o mejor quizás, los Grands + Réaux), grado secreto del cual no existen registros, eran ya semejantes a "hombres-dioses creados a semejanza de Dios" inscritos "en el registro de las Ciencias abierto a los Hombres de Deseo".

Como se advierte constantemente, en las doctrinas teúrgicas de los Caballeros Elegidos, existía una clara conciencia de que ésta no era la verdadera humanidad, sino una criatura caída a consecuencia del pecado, debiendo ser restaurada en su puesto de privilegio en la Creación por medio de prácticas difíciles y penosas olvidadas por el culto público.

El deseo de descubrir esas "maravillas" y esas "luces" antes mencionadas, tan necesarias "al corazón y al espíritu del hombre", es decir, las pruebas sensibles de las verdades reveladas que todos buscaban afanosamente en sus Operaciones, indican la naturaleza de la Teúrgia practicada y explican el apasionado interés por las doctrinas esotéricas del Gran Soberano. Los iniciados que él dirigía eran adversarios declarados del racionalismo invasor y admitían de entrada la autoridad de las Sagradas Escrituras y los dogmas profesados por la Religión Católica en la cual habían sido educados y a la que permanecían fielmente ligados; sin embargo, añoraban los dones y los favores que Dios había otorgado a los primeros cristianos, a los Apóstoles y discípulos de Jesús, y deseaban restaurar la pureza y el poder primordiales de aquellos.

Martínez de Pasqually hablaba de corazón cuando decía que "el ojo es el órgano de la convicción", afirmando claramente que "los hijos de este siglo se han alejado de todo Conocimiento Divino bajo el pretexto de una fe ciega que les ha hecho perder totalmente la idea de la verdadera fe. La fe sin las obras (las prácticas teúrgicas), no puede ser considerada como verdadera fe.... Los hombres provenientes de la última época de Cristo (después de la última manifestación del Espíritu Reconciliador), no teniendo más ante sus ojos las manifestaciones divinas que se operaban durante los primeros siglos, han perdido de vista los conocimientos del Gran Culto Divino, y como ya no ven perpetuarse los prodigios de la justicia (todopoderosa) del Creador, ya no se encuentra un solo Justo (verdadero creyente) en este siglo".

En otros términos, para los Caballeros Elegidos, la verdadera fe se funda en hechos preternaturales y dado que ellos, por la decadencia del ciclo histórico, no se producen más públicamente, es necesario generarlos en la Cámara de Operaciones por medio de un complejo y estricto ritual. Por lo tanto, una Operación Teúrgica es más un acto de fe, de adoración, de devoción, que una alta práctica de una Ciencia Sagrada. La demostración sensible de los hechos espirituales trascendentes es doblemente preciosa a los ojos del Operador: no solamente su fe es apoyada sobre el testimonio irrecusable de su sistema nervioso, de sus ojos y sus oídos sino que, sobre todo, le prueba que pertenece a la clase de los Menores Espirituales y que acaba de recibir el Sello de la Salvación.

DEFINICIÓN DEL INTELECTO BUENO Y MALO

Jean-Baptiste Willermoz

Lecciones de Lyon a los Élus Cohen[16]
Para la instrucción del miércoles 18 de Septiembre de 1.776

Es el conocimiento que el hombre adquiere mediante la comunicación del pensamiento bueno o malo, alumbrado por el espíritu. Reteniendo la impresión se detiene a contemplarlo, igual que una acción o discurso cualesquiera bueno o malo de un hombre, apreciado o entendido por otro hombre, se vuelve para este último un intelecto sensible, de acción sobre el que retiene la impresión si la contempla con complacencia. El hombre no puede preservarse de recibir intelectos malvados, que no son otra cosa que la comunicación o conocimiento del pensamiento malvado alumbrado habitualmente por el espíritu malvado, pero puede defenderse de retener la impresión si en lugar de contemplarla con curiosidad se encuentra dispuesto a responderla.

La comunicación o conocimiento del pensamiento malvado alumbrado por el espíritu malvado es la que se ha venido a denominar la tentación, de la que hemos indicado que el hombre no puede defenderse a causa de las relaciones íntimas que se encuentran entre seres de la misma naturaleza, relaciones que establecen recíprocamente esta relación. Esa comunicación que denominamos tentación, será más o menos frecuente según que las relaciones mutuas o análogas sean mayores. De lo que se deduce, que el hombre que se entretiene en contemplar con complacencia o curiosidad esa comunicación involuntaria, o el conocimiento que de ello resulta, se encontrará muy expuesto a retener la impresión; como castigo de lo que comienza por el abuso de su libertad y que originará pronto el movimiento de su voluntad si no se encuentra presto a rechazar el conocimiento que adquiere del pensamiento malvado, por la comunicación que le da el espíritu que lo ha alumbrado, caerá en la pena, aunque no se destruirá el contacto natural que hay entre ellos, puesto que es eterno; sin embargo, podrá debilitar considerablemente las relaciones de los pensamientos. Digo debilitar, y no destruir, porque después de que el hombre ha tenido la desgracia de probar de ese fruto prohibido que le ha dado el conocimiento del bien y del mal, ha dejado establecida esa desgraciada comunicación entre él, que es bueno por naturaleza, y el principio que se convirtió en malo, subsistiendo durante toda la duración temporal. Resultando que es imposible que el hombre no sea tentado, ya que el conocimiento del pensamiento malvado resulta una tentación; lo que ha sido probado por el mismo Cristo, que habiendo unido la divinidad a nuestra humanidad, se expuso mediante esta unión, como los demás hombres, a la tentación del principio malvado.

Hay observaciones importantes que hacer sobre la manera en que el Creador ha procedido en el castigo del hombre convertido en culpable, puesto que manifiesta a la vez su justicia y su misericordia. Digo primero su justicia porque esta exige una pena proporcional a la enormidad del crimen y a su propia especie como tal. El hombre abusó de su poder y mereció ser caído, es decir, mereció que la potencia que le era innata y que no puede ser destruida por ser la obra inmutable del Creador, fuera suspendida hasta su merecimiento mediante su arrepentimiento y sus esfuerzos, tras apaciguar a la justicia y readquirirla totalmente o en parte. Digo la misericordia porque prorrumpe en la especie misma del castigo.

El hombre, establecido por el Creador como Hombre-Dios en la Tierra, ocupaba el centro

[16] **Les Leçons de Lyon aux Élus Coëns**. Recopilación editada por Robert Amadou. Ed. Dervy, París, 1.999. Epígrafes 101 y 102.

de la creación universal, en donde ejercía su poder. Del centro celeste fue precipitado al centro terrestre viniendo de inmediato a arrastrarse sobre su superficie. Su cuerpo glorioso fue transmutado en un cuerpo material que se convirtió en su prisión, obstruyendo, por así decir, todos los órganos espirituales de los que los sentidos materiales son imagen. Esta transmutación de la forma del primer hombre se encuentra designada en la Escritura por la desnudez corporal de la que, al darse cuenta, se avergonzó. Su caída del centro celeste está designada por las palabras de la Escritura: "Arrojemos al hombre de aquí, para que no coma del árbol de la vida, y al no comer, no viva eternamente".

Este pasaje, que parecía obscuro para los intérpretes, resultando un pretexto para los incrédulos al tachar de injusto al Creador, es por el contrario uno de los más grandes testimonios de su misericordia hacia el hombre, y para poder juzgar, comparemos el crimen de los primeros espíritus prevaricadores con el del primer hombre, y comparemos el castigo de esos primeros con el segundo, y veremos que el hombre se ha convertido por ese hecho en más culpable aún que ellos, siendo de alguna forma también más excusable, por lo que la misericordia divina es más manifiesta sobre él en la elección misma del género de castigo.

Los primeros espíritus emanados de la inmensidad divina conocían verdaderamente la potencia de creación futura de las causas tercera y cuarta, innatas en el Creador, pero no recibieron ninguna potencia ni verbo de creación. La usurpación que quisieron hacer de esa potencia es entonces una revuelta absoluta y sin excusa posible. Es el efecto de su propia voluntad, puesto que entonces no existía ni el mal ni el principio del mal que pudieran seducirle. Se volvieron culpables consciente y voluntariamente, siendo cometido su crimen en la inmensidad divina, el lugar más puro que es posible expresar. No llegaron a consumar el crimen por el acto por: 1º- el Creador castigó su malvada voluntad inmediatamente que fue concebido; 2º- porque no habiendo concebido el verbo o potencia de creación, el acto hubiera resultado imposible.

Fueron precipitados en el espacio de la creación universal temporal que se formó en el instante para contenerlos y separarlos de la corte divina. Conservaron para su castigo toda su potencia espiritual convertida en malvada, pero fueron sujetados a no poder ejercerla más que en los límites estrechos de esa creación temporal, sin comunicación directa con el principio del bien, que les había arrojado de su presencia. Fueron muertos, por lo tanto, al bien, pero se llevaron a su prisión una rama del Árbol de la vida, conservando el funesto poder de vivir constantemente en el mal y de comunicar esa vida espiritual malvada. Quisieron dividir la unidad, pero les resultó imposible, y como castigo se convirtieron en una unidad sujeta, opuesta y limitada que encontrará su castigo y su suplicio en los actos impotentes de esa unidad maldita. El Creador eterno, después de expulsarles de su corte, quedó como maestro y centro eterno para siempre de la inmutable unidad divina, principio de todo bien, pensamiento, voluntad y acción espiritual buenas, y desde lo alto de su gloria, donde su unidad indivisible preside todo lo que existe y existirá jamás, sujeta al jefe de la corte demoníaca a estar atado estrechamente en el fondo de los abismos de esa creación temporal, con el fin de que el mismo lugar de su prisión designe aún mejor la inmensa oposición que fue establecida entre esa unidad ficticia y abominable y la unidad divina eterna. Así que del centro de la inmensidad eterna, el pensamiento divino reina y gobierna a su voluntad todo lo que existe en la naturaleza universal al igual que el Creador quiso que el príncipe de la corte demoníaca, desde el centro de los abismos en que se encuentra precipitado, pueda regir y gobernar mediante su pensamiento malvado y por los agentes a los que lo ha comunicado todo su imperio, con el fin de que esa triste similitud, fruto de su crimen, fuera conservada hasta que el arrepentimiento la hiciera cesar. Vemos, por tanto, de una parte y de la otra, los frutos del árbol de la vida que enseña, por

un lado, los frutos de la ciencia del bien y, por otro, los de la ciencia del mal, ciencia que no cesa más que con el arrepentimiento de aquéllos que la profesan, siendo incapaces de arrepentirse por sí mismos, si ese sentimiento no les es sugerido por el único ser que tiene el poder, que les ha seducido desgraciadamente arrastrándolos con él. Uno se siente espantado cuando concibe, cuánto por su ceguera y por su materia, han agravado sus propios males, haciéndolos casi incurables.

Instrucciones para el miércoles 18 de Septiembre de 1.776 y días siguientes sobre las naturalezas de los intelectos buenos y malos

Sobre *(Aquí hay tres líneas en blanco que siguen a la palabra "Sobre")*

Todo lo que hay en la naturaleza espiritual es obscuro y enigmático para el hombre, si su inteligencia no está iluminada por el espíritu bueno. Sin embargo, posee el más grande interés en conocer al menor de los objetos que pueden servirle de regla en su conducta temporal. Si el Creador, o mejor dicho, el hombre mismo, ha puesto por su prevaricación un velo impenetrable entre él y la Divinidad, que ya no le permite más conocer la esencia, debe sin embargo hacer grandes esfuerzos para conseguir conocer su propia naturaleza, y las relaciones que hay entre él y los demás seres espirituales que como él han sido emanados del seno de la Divinidad. Somos menos desgraciados que la mayoría de nuestros semejantes, ya que poseemos la felicidad de poder ser ayudados en ese trabajo por las instrucciones de la Orden [de los Élus Cohen] de las que no podemos desconocer su autenticidad, a poco que conozcamos su fuente. Ellas abarcan todo lo que le importa conocer al hombre, y si de tiempo en tiempo dejan nubes sobre algunas cosas, es la inteligencia quien debe traspasarlas; y no lo conseguirá sino con un deseo verdadero, una intención pura y una voluntad firme de practicar todo lo que enseñan. Con tales guías el hombre no errará. Si en sus interpretaciones, librándose a menudo a sus débiles luces, se aparta de la ruta que le ha sido trazada, es necesario que posea la buena fe de reconocerlo en su estado y tenga el coraje de volver a su brújula. Entonces se sentirá cómodo en la buena vía. Entre tantas materias que se encuentran encerradas en nuestras instrucciones generales, nos centraremos hoy en examinar aquellas que tratan de la naturaleza de los intelectos buenos o malos, procurándonos una definición exacta.

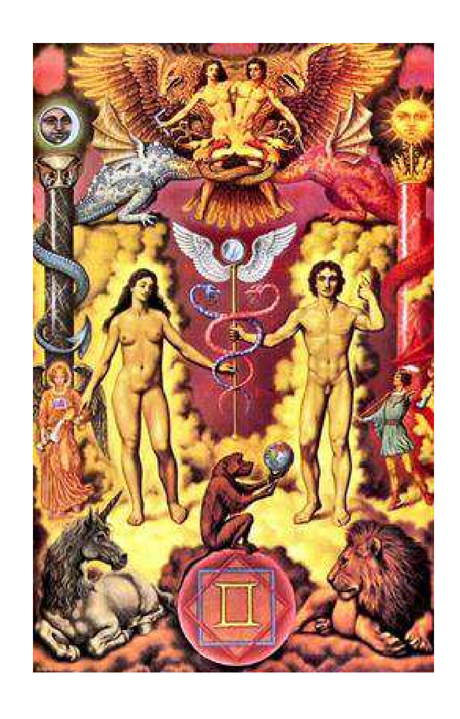
Algunos han querido pensar que el intelecto bueno o malo era un ser real y distinto del espíritu que lo emplea, y que lo ata de una manera fija al hombre, a quien se dirige, de forma que a pesar de todos sus esfuerzos queda siempre manchado con la presencia de ese enemigo de su felicidad. Esta opinión debe de ser combatida, ya que resulta extremadamente peligrosa por sus consecuencias, puesto que tiende a descorazonar e incluso puede que a desesperar al hombre o a persuadirle de que no es responsable de las impresiones que le han lanzado los intelectos, puesto que no ha podido defenderse de recibirlas, ni tampoco puede impedir que habiten en él, siendo la impresión en la que actúa una secuencia inevitable de la permanencia del ser que la produce.

Para poder definir bien el intelecto bueno o malo, remontémonos hasta las fuentes o principios del pensamiento bueno o malvado.

Todos los seres espirituales emanados o a emanar, existían desde toda la eternidad en el seno del Creador, lo que nos da una ligera idea de su inmensidad divina que contiene todo, y no puede ser coeterna. Ellos no poseían el goce de ninguna facultad personal, no podían actuar ni sentir más que por la sola voluntad del Creador, para el que todo era transformación. Ahora bien, esta manera de ser no puede ser llamada apropiadamente el existir. Su verdadera

existencia no comienza hasta el instante en que el Creador, por un acto de voluntad y de su propia potencia, les saca de su seno para darles una distinción personal de facultades, de voluntad y de acción. Por ello, aunque sean coeternos con Dios en naturaleza, ya que están contenidos en Dios desde la eternidad, han adquirido una eternidad personal futura, puesto que no han salido del principio de vida mismo, del único ser inmutable que puede comunicársela; porque no es posible que el ser que ha recibido la vida de la vida misma, pueda ser jamás destruido. Puede encontrar, es verdad, la muerte espiritual, si se aparta de su ley, pero nunca la de su existencia. La muerte espiritual no es otra cosa que la separación del ser espiritual con su principio, como la muerte corporal, que es una débil imagen, es la separación del cuerpo material con el alma que lo gobernaba. Pero este acto de emanación ha debido de ser acompañado de inmediato de una ley general a la que estarían indispensablemente sometidos todos los seres emanados para quedar en la unidad.

No voy a hablar aquí de las leyes particulares, preceptos y mandamientos que los seres emanados han recibido relativamente al objeto particular de su emanación y de la subsiguiente emancipación, leyes que comprenden el entendimiento de facultades y de potencias de las que están revestidos según su misión; no hablo más que de esa primera ley general universal que se extiende sobre todos los seres y clases de espíritus emanados, porque no es posible que un ser, cualquiera que sea, no posea una manera particular de ser, y esta forma es su ley. Vemos entonces qué ha podido ser esa ley, y sentiremos entonces mejor la equidad y la necesidad de para qué existimos. El Creador eterno es uno, por esencia, principio universal de todo lo que existe y existirá. Por naturaleza, es infinitamente bueno, perfecto y poderoso, y por su propia ley es imposible de alterar o destruir. Si pudiera cambiar, cesaría de ser Dios, y para dejar de ser no tendría jamás que haber sido *(Esta línea termina la última página de la pieza, pero el desarrollo queda incompleto, al menos en el estado del manuscrito).*



FE, ESPERANZA Y CARIDAD

Asor, S::: I:::

Se nos dice que la verdadera vida espiritual pasa por la práctica de siete virtudes; de ellas cuatro son cardinales y tres teologales. Las cardinales se llaman así porque están relacionadas con nuestra forma de actuar en el mundo físico; son: Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza. Y, en verdad, su práctica nos prepara para afrontar y solventar, del mejor modo posible, las vicisitudes y problemas de la vida diaria. En esta ocasión hablaremos de las teologales.

Las teologales, es decir: Fe, Esperanza y Caridad, son las virtudes que corresponden a la vida espiritual, y es por ello que también son llamadas divinas, porque su objeto es divino; unas se apoyan en las otras y son el camino hacia Dios.

Louis Claude de Saint-Martin, en su obra "Instrucciones al Hombre de Deseo", nos dice: *"…los vehículos de la naturaleza son la Fe, la Esperanza y la Caridad, innatas por orden del Eterno en Adán. Es sobre esas facultades del hombre que el Espíritu Santo soplaba sin cesar para separarlas de la inmundicia del crimen de Adán, mientras que el espíritu malo contraatacaba de su lado para hacerlo perseverar en su falta. Ahora, vimos que todo el mérito de Adán fue el de estar unido al Espíritu Santo por la fe. La fe es la unión perseverante del pensamiento del ser particular con el Ser todopoderoso. Es por ella que nos unimos a la luz eterna de lo que resulta la vida de nuestra alma. La separación de ella es el error y la mentira que conducen al hombre a la infelicidad al separarse de la Divinidad"*.

Pero, ¿en qué consiste la fe? Podríamos decir que en creer lo que no vimos, porque Dios lo ha revelado. Descubrir que algo ha hecho salir todo del vacío, de la nada, es el punto de partida en la creencia en Dios. Es el principio de lo que se llama la Fe. Es por esto que la Epístola a los Hebreos nos dice: *"La fe es la que nos enseña que el mundo todo fue hecho por la palabra de Dios; y que de invisible que era fue hecho visible" (Hebreos 11:3).* Para enseñarnos esta verdad, la Biblia nos ofrece un relato accesible a los hombres de todos los tiempos:

"El Señor dice a Abraham: deja tu país, tus parientes y la casa de tu padre hacia el país que te indicaré. Haré de ti un gran pueblo, te bendeciré, en ti serán bendecidas todas las naciones de la tierra" (Génesis 12:1-3).

Recibiendo esta orden y esta promesa, Abraham no duda, parte con su mujer Sara, su sobrino Lot y todos sus rebaños. Abandona su país, su seguridad, y se abre a un porvenir desconocido, determinado por el Don de Dios. Apunta toda su vida sobre esta palabra con obediencia y una confianza sin límites en Dios.

En este primer relato, descubrimos la fe de Abraham, fe ejemplar que es un don de Dios. Fe libre y liberadora que implica una cooperación con la obra de Dios, un "si" sin reticencia. Esta fe es de la misma naturaleza que la de María cuando dice "Hágase tu voluntad" y acoge la visita de Dios. Hay, por otra parte, en la llamada de Dios y en la respuesta de Abraham, una familiaridad llena de amor mutuo. Dios habla, los llama por su nombre a aquellos que elige y espera de ellos una respuesta. Israel vivirá la vida como un diálogo entre Dios y el hombre. Es una relación de persona a persona.

Dios no cesa de actuar, y experimentamos esto con alegría al leer la Biblia. *Entonces Abraham se pone en camino hacia el país de Canaán; recorre el Negué, Egipto, vuelve a Negué y prosigue incansablemente su camino. El Señor nuevamente se dirige a Abraham prometiéndole una posteridad numerosa y agregando: "Todo el país que ves, Te lo daré." Más tarde, cuando la palabra de Dios le fue dirigida por tercera vez, Abraham respondió. "Señor ¿qué me darás Tú?, me voy sin hijos." Entonces el Señor le dice: "Mira al cielo y cuenta, si puedes, las estrellas. Pues así, le dijo, será tu descendencia" (Génesis 15:2-5). Ahora bien, Abraham y su mujer no tenían hijos, y ellos eran de edad muy avanzada, pero "Creyó Abraham a Dios, y su fe repútesele por justicia" (Génesis 15:6).*

Comprendemos lo que esto quiere decir meditando las palabras de San Pablo al respecto: *"… Y así no fue en virtud de la ley, sino en virtud de la justicia de la fe, la promesa hecha a Abraham… La fe, pues, es por la cual nosotros somos herederos, a fin de que lo seamos por la gracia y permanezca firme la promesa para todos los hijos de Abraham, no solamente para los que han recibido la Ley, sino también para aquellos que siguen la fe de Abraham, que es el padre de todos… Y que lo es delante de Dios, a quien ha creído, el cual da vida a los muertos y llama o da ser a las cosas que no son, del mismo modo que conserva las que son" (Romanos 4:13, 16-17).*

Vemos entonces que la fe es una virtud sobrenatural que nos inclina y lleva a creer todo lo que Dios nos ha revelado, porque nos lo ha revelado Dios, que no puede engañarse ni engañarnos. La fe es un sacrificio que hacemos a Dios, sometiendo con sencillez nuestro entendimiento a su divina palabra, creyendo sin disputar lo que no podemos comprender. He dicho con sencillez porque la sencillez es una disposición tan esencial a la fe como opuesto a ella la presunción que quiere sujetarlo todo al registro de la razón humana. Pero no se ha de confundir la sencillez de la fe con la ignorancia o flaqueza de espíritu. La fe puede ser muy sencilla, y al mismo tiempo muy ilustrada, como la de San Agustín, que creía cuanto la fe enseña con la sencillez de un niño. ¿Por qué un niño está más dispuesto a la fe? Porque el niño está más cerca del estado natural.

Jesús, cuando alguien le pedía un favor, preguntaba: *"¿Crees que puedo hacerlo?"*. Es decir, insistía en la necesidad de tener fe en su poder de curar y de hacer milagros. Se nos dice en el Evangelio que no pudo realizar muchos milagros en Nazaret, su ciudad natal, debido a la falta de fe de sus conciudadanos. Con Jesús las cosas funcionaban de acuerdo con una ley casi infalible: si crees, todo es posible: pero si no crees, no puedo hacer nada por ti. Ahora bien, ni siquiera es preciso que uno tenga la fe: basta con que alguien la tenga por uno. Y aquí está la razón y la importancia de rogar por los que están necesitados.

Por lo que podemos saber, la hija de Jairo no tenía fe, como tampoco la tenían el criado del centurión del que se habla en Mateo 8:5, ni el paralítico de Mateo 9:2-8. Bastó en cada caso, que el que solicitaba, y no necesariamente el beneficiario del milagro, la tuviera. Pero fe tenía que haberla siempre, y nada podía reemplazarla.

Jesús hizo de la fe una especie de ley. En Mateo 21:18 leemos: *"Al amanecer, cuando volvía a la ciudad, sintió hambre; y, al ver una higuera junto al camino, se acercó a ella, pero no encontró en ella más que hojas. Entonces dice a la higuera: "¡Que nunca jamás brote fruto de ti!" Y al momento se secó la higuera. Al verlo los discípulos se maravillaron y decían: "¿Cómo al momento quedó seca la higuera?". Jesús les respondió: "Os aseguro que, si tenéis fe y no vaciláis, no sólo haréis lo de la higuera, sino que, si decís a este monte: "Quítate y arrójate al mar", así se hará. Y todo cuanto pidáis con fe en la oración, lo recibiréis".*

Esta ley de la fe la entendieron perfectamente los apóstoles, que, a su vez, la transmitieron a los primeros cristianos. Santiago lo dice del siguiente modo en su carta (1: 5-8): *"Si alguno de vosotros está a falta de sabiduría, que la pida a Dios, que da a todos generosamente y sin echarlo en cara, y se la dará. Pero que la pida con fe, sin vacilar; porque el que vacila es semejante al oleaje del mar, movido por el viento y llevado de una a otra parte. Que no piense recibir cosa alguna del Señor un hombre como éste, un hombre irresoluto e inconstante en todos sus caminos".*

La fe es anterior al conocimiento; si hay conocimiento no es necesaria la fe, aunque ambos son dones que proceden de lo alto, de la única Fuente. San Agustín nos dice: "*Hay diversidad de dones, pero uno mismo es el Espíritu. La Fe precede al conocimiento experimental, es su premisa normal e indispensable; el Conocimiento es su fruto. Es unión mística con el Verbo. Es absorción en el seno de lo Divino que sólo pocos, dotados de particular amor que los hace dignos de especiales gracias, alcanzan. Fe y contemplación -que es conocimiento directo de las cosas divinas- son dos grados diferentes de participación del único Amor y de fruición de la única Luz. Sin fe no puede haber*

conocimiento porque no es el hombre quien contempla y conoce, sino Dios quien se deja contemplar y conocer. Y ello ocurre sólo cuando en el corazón hay la necesaria disposición y cuando lo quiere Dios".

La fe de la inteligencia que afirma sólo a Dios es la fe de Moisés. La fe del corazón que afirma la Iglesia es la fe de Jesús Cristo. La fe de Moisés, es Dios inaccesible al hombre. La fe de Jesús Cristo es Dios presente en la humanidad.

Diariamente podemos ver cómo personas que no tienen fe en nada caen en constantes depresiones y enfermedades; por el contrario, personas con serias enfermedades se curan por la fe que tienen en su médico o en el tratamiento. Es la fe en Jesús la causa de todos los milagros realizados por los apóstoles, quienes también tenían el poder de curar.

Muchas personas se preguntan por qué no asistimos hoy a milagros parecidos a aquellos de los que fue testigo la Iglesia primitiva. Algunos dicen que es porque hoy no hay necesidad de milagros, pero, tal vez, sea porque no esperamos que ocurran; nuestra fe está bajo mínimos.

Si en nuestras vidas no experimentamos las milagrosas intervenciones de Dios, es porque, o bien no vivimos de modo suficientemente arriesgado, o bien nuestra fe se ha debilitado. Pero es muy importante que haya milagros en nuestra vida si queremos conservar una honda conciencia de la presencia y el poder de Dios. Un milagro, no tiene que ser necesariamente un acontecimiento que contravenga las leyes de la naturaleza. Basta con tener el profundo convencimiento interior de que lo que ha ocurrido ha sido producido por Dios, ha sido una intervención directa de Dios en beneficio de uno. Creo sinceramente, que si repasamos nuestra vida, encontraremos cantidad de milagros en ella. Esto puede sonar a un Dios personal, pero para mí se hace personal cada vez que acudo a Él en los momentos de soledad y le pido que me abrace y siento su abrazo, cuando me siento cansada y me da fuerzas, cuando me ilumina y me guía, cuando le pido por alguien y esa oración es escuchada y cuando me ha auxiliado en los momentos más difíciles. Y ¿cómo no va a ser personal? ¡Es un factor activo en mi vida!

Hoy en día, mucha gente siente vergüenza de hablar de Dios, especialmente los jóvenes. No esperamos que Dios intervenga directamente en nuestras vidas. Si hay algún problema del tipo que sea, acudimos al profesional capacitado para resolverlo. Si no tenemos fe, ni siquiera pensamos en acudir a Dios en nuestras necesidades. Y si lo hacemos, al no haber fe, nuestras oraciones resultan ineficaces. Así pues la primera ley de la oración de petición ha de ir acompañada de una gran fe.

La fe no es algo pasivo sino todo lo contrario. En la Biblia se lee que la fe sin buenas obras es una fe muerta. Por lo tanto, sólo hay un camino para demostrar la fe y es el de las obras. San Pablo exhortó a todos a dar siempre muestras de su fe. Aunque no podamos enseñar la luz a todos los que nos la pidan, es un deber para con nosotros y para con la humanidad el intentarlo. Una fe basada en la razón, capaz de resolver el enigma de la vida y la muerte, de modo que satisfaga tanto a la mente como al instinto religioso. No importa lo que creemos, sino solamente cómo vivimos; no es una cuestión de fe sino de demostrar nuestra fe por medio de obras. ¿Plasmamos nuestros ideales en nuestra vida diaria? ¿La gente que nos rodea y nos mira, ve en nosotros un ejemplo de lo que ellos deberían ser o de lo que no deberían ser?

Es por eso que Louis Claude de Saint-Martin llama al hombre de fe Hombre Nuevo. *"El Hombre Nuevo es el que camina tras la huella del Reparador. Es el que sabe que la humildad se mantiene y se conserva por la fe y es consciente de que la fe se mantiene y se conserva por la humildad, y que sin estas dos virtudes desaparecen todos los dones del espíritu".*

Según la Cábala, la fe involucra a toda vida humana y asegura su equilibrio. "El hombre que tiene fe, tiene un alma saludable" y la salud del alma se proyecta en todo el ser: en el pensamiento, el sentimiento, la visión y la acción. Gracias a la fe (*emuná*) el conocimiento se hace verdadero porque conduce a la profundidad de las cosas. Gracias a la fe, la acción adquiere su

pleno valor creativo, orientada siempre hacia el bien. La fe es la principal herramienta para ser usada en la labor de Creación.

Ahora bien, la fe no es algo que podemos producir. No podemos obligarnos a tenerla. Es un don que Dios regala a los que buscan constantemente su compañía. La fe y el amor se dan la mano, para abrir ante las almas buscadoras de luz, a través de la oración profunda, toda la magnificencia del Reino de Dios. Es entonces cuando percibimos y sabemos con certeza que la Divinidad actúa en nuestro favor y se asocia con nosotros para ayudarnos a actuar según su voluntad creadora; nos reconoce, nos ama, nos escoge para que sigamos su camino y para que hagamos lo justo y lo correcto, ¡lo acertado!

Sin amor no hay fe y sin fe no hay Dios. La fe reside en el origen de cada una de nuestras buenas acciones y gracias a ella podemos realizarlas con un corazón íntegro para conseguir lo que se espera de nosotros; porque el bien se identifica con la vida y también con la fe. Todos los órganos del cuerpo, todas las facultades del Alma y todas las acciones quedan marcadas por ella. Somos Su Creación y es con ella con quien debemos entonarnos para vivir con plenitud. La fe (*emuná*) no es solamente el resumen de la vida, sino su quintaesencia y el sentido de los Mandamientos. Es la vida humana ordenada, es la “morada de la alegría”. Cuando obramos según sus preceptos, toda nuestra naturaleza adquiere seguridad. Una seguridad verdadera, que es confianza en el Señor.

No es raro encontrar personas de fe, sobre las cuales podemos ejercer un cierto dominio; no es difícil, incluso, oír decir que nada es más fácil que creer, sobre todo en lo que nos interesa; algunos hombres incluso fingen poder creer lo que quieren. Llamo a esto fe ciega, porque consiste en descartar lo universal y considerar sólo un punto, lo particular. Esta fe impide que nos elevemos en dirección a la Unidad o totalidad de las cosas; cuando comparamos cosas en su totalidad, y descubrimos la unidad o universalidad de la ley, se vuelve imposible no tener certeza. De hecho, esta certeza es opuesta a la fe ciega, porque está en proporción directa a nuestra elevación y conocimiento.

No se habla aquí de la fe ciega del que no comprende, sino de la confianza del que sabe ver donde los hombres dormidos no ven. Cristo propicia el discernimiento y la mente clara. Así, admito que es fácil creer, pero no es tan fácil tener certeza. En general, los hombres mezclan la fe ciega, la duda y hasta el escepticismo, sólo porque no van más allá de las imperiosas y oscuras opiniones de los hombres, de sus sistemas incoherentes y pasionales; en una palabra, porque miran sólo a los hombres donde todo está en oposición y es diverso. Si considerasen al Hombre, allí encontrarían la raíz de todas las virtudes, toda luz y armonía; verían el propio sistema Divino y se encontrarían en tal uniformidad de principios y certezas, que pronto se tornarían sólo una.

La razón es débil; la fe es omnipotente. La razón no puede llegar a la meta y debe quedarse en el camino; la fe hará prodigios. En el poema épico Râmâyana se dice: Râma Chandra (Dios encarnado) trabajó mucho para tender un puente sobre el brazo de mar que separa a Lankâ (Ceilán) del continente indio. Pero, como queriendo demostrar la majestad, la omnipotencia de la fe, permitió que su devoto, el gran Hanumân, cruzara de un solo salto el océano por el sólo poder y sin más ayuda que su fe.

Râmakrishna decía que el pecado, la iniquidad, lo mundano, la ignorancia, se desvanecen ante la verdadera fe. La fe es la causa de todo progreso espiritual. Se puede carecer de todo con tal de tener fe. La única cosa absolutamente necesaria es la fe acompañada de amor, devoción, deseo de orar, sumisión. La firmeza en la fe es lo primero que se necesita para la realización.

La siguiente virtud teologal, la Esperanza, es una virtud sobrenatural que nos inclina y lleva a esperar de la bondad y misericordia de Dios la gracia y la gloria; por consiguiente, el

objeto de la esperanza no son los bienes terrenos y temporales, sino los espirituales y eternos. El fundamento de la esperanza es Dios.

La esperanza es inaccesible sin la Fe, pues se apoya en ella. Para Saint-Martin la cobardía es un defecto de fe en nuestro ser; es un defecto de fe en aquél que nos formó. Es por cobardía, y jamás por impotencia, que somos vencidos. Él le dice al hombre: *"el sentimiento de tus necesidades espirituales te trae la Esperanza y el deseo, que es una fe incipiente; el sentimiento del espíritu y de la verdadera naturaleza te trae la Fe, que es una esperanza completa; el sentimiento de Dios hombre y reparador te trae el amor y la Caridad, que son la acción viva y visible de la Esperanza y de la Fe".*

La Esperanza es la virtud del tiempo. La desesperación y la presunción son pecados contra la Esperanza. La desesperación es un delito que destierra hasta el último vislumbre del consuelo y que injuria al mismo tiempo la misericordia infinita del Señor y el poderío de su divina gracia. La presunción consiste en una sobra de esperanza. Es una temeraria esperanza de conseguir la salvación, o solo con el auxilio de Dios sin méritos propios, o solo con los propios méritos sin el auxilio de Dios

Esperanza es esperar la gloria mediante la gracia de Dios y nuestras buenas obras. ¿Qué hombre está lleno de Esperanza? El que vive en las redes del amor. Si se rompen las cadenas del amor, entonces la Esperanza también se rompe, porque la Esperanza es hija del amor. Es la puerta abierta a través del velo actuando en la Presencia Pura.

Caridad (caritas) es la virtud teologal (cristiana por excelencia), que nos mueve a amar a Dios («amistad con Dios», según Santo Tomás) y a amar al prójimo como a nosotros mismos por amor de Dios, haciendo con los demás como quisiéramos que hicieran con nosotros.

No es exagerado decir que ella nos aproxima a Dios, que agrada a Dios, pues nos asocia a Él y nos vuelve semejantes a su amor.

San Pablo, hablando de la necesidad de la caridad, dice: *"…si yo hablare lenguas de hombres y de ángeles y no tuviere caridad, soy como metal que suena o campana que retiembla. Y si tuviera el don de profecía y supiere todos los misterios de paciencia, aunque tuviera tanta fe que trasladase los montes, y no tuviere caridad, nada soy: y si distribuyere todos mis bienes en alimentos para los pobres, y aunque entregare mi cuerpo para ser quemado, si no tengo caridad, nada me aprovecha*". Tal es la energía con que hace ver el Apóstol la necesidad de la caridad, para merecer la vida eterna. *"La caridad dice ser paciente, benigna; la caridad no es envidiosa, no obra mal, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca sus intereses, no se irrita, no piensa mal, no se alegra de la iniquidad; pero se alegra de la verdad, todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo sobrelleva. La caridad no sólo es la mayor entre las virtudes morales, sino también entre las teologales. Es verdad que la fe y la esperanza son primeras en el orden; pero la caridad lo es en la excelencia y perfección. Le fe mira a Dios como verdad infalible que nos comunica sus luces, y la esperanza como bondad inefable que nos promete su gracia y su gloria; ambas miran a Dios como bueno para nosotros; pero la caridad lo mira como bueno en Sí mismo, como bondad suma digna de todo nuestro amor, del amor de todas las demás criaturas. La caridad no quiere sino a Dios, ni ama a criatura alguna sino a Dios, por Dios y para Dios".*

¿No tiene Dios por nombre santidad? ¿No tiene su ley por nombre caridad? ¿Y su centro no tiene por nombre justicia?

La caridad vive siempre para dos; lo contrario de la avaricia, que sólo vive para sí.

El más excelso resultado de las obras de caridad es la conquista del verdadero amor a Dios. Ellas purifican el corazón y producen la conciencia de Dios. Es más, ellas nos llevan directamente a Él. Las obras de caridad o cualquier obra que tenga como fin el bien de la humanidad constituyen en realidad una ayuda para nosotros mismos. Purifican nuestro corazón y nos traen el amor hacia Dios.

Un Principio inspirado por el estudio de la Cábala es la convicción de que, sea cual sea el camino elegido, su esfuerzo por la evolución personal se mezcla simultáneamente con el

esfuerzo por la evolución colectiva de la humanidad. En otras palabras, la Caridad pasa a ser una orientadora de sus actos.

Caridad no es dar limosna. Es soportar las fatigas de un penoso viaje, la necesidad absoluta de soportar los errores de nuestros semejantes y de procurar corregirlos volviéndolos buenos al mismo tiempo que corregimos los nuestros; es repartir conocimientos, ayuda metafísica a los demás y a la tierra misma. La base de todo el proceso de Iluminación es la Caridad en todos los niveles, desde el alimento material al alimento espiritual de la palabra que expresa la voluntad y el bien. Es auxiliar a los que están en el camino que acabamos de pasar. El camino es largo para unos y corto para otros, quien llega primero debe saber esperar a quien aún está en el camino. Este tipo de caridad va más allá de cualquier tipo de ayuda material, como facilitar información, instrumentos o cualquier otro medio que otros necesiten para, directa o indirectamente, evolucionar cultural y espiritualmente.

La Caridad comienza por uno mismo a través de la oración: la oración debe expresar las ansias del alma en nuestro corazón. Hay otro nivel de caridad, el más complejo, y es el de intuir espiritualmente a todos aquellos que vengan en busca de nuestro auxilio por sentir que estamos en contacto con nuestro Cristo interior, y por tanto, están deseosos de entrar también en contacto con su Cristo.

Conducir la propia vida en el sacrificio, en el trabajo y en la práctica de la Caridad, es vivir según los preceptos cristianos. La ley es inflexible, pero la caridad es sin límites. La ley condena, pero la caridad perdona.

Las obras exteriores sin caridad no aprovechan; pero todo lo que se hace con caridad por poco y simple que parezca es fructífero. Pues, Dios mira más lo que está en el corazón del hombre que sus obras.

La Caridad es amor, y así mucho hace quien mucho ama. Bien hace el que sirve más al bien común que a su voluntad misma. Pero como dice Tomás de Kempis, *"muchas veces parece caridad lo que es amor propio; porque la inclinación de la naturaleza, la propia voluntad, la esperanza de la recompensa, el gusto de la comodidad, rara vez nos abandona. El que tiene verdadera y perfecta caridad en ninguna cosa se busca a sí mismo, sino que desea que Dios sea glorificado en todas. De nadie tiene envidia porque no tiene interés en las cosas materiales: sólo desea gozar de Dios"*.

La fe y la esperanza son temporales, pero la caridad es eterna. Cesará la fe cuando veamos a Dios y todas las cosas en Dios, porque la fe es de lo que no se ve. Cesará la esperanza cuando gocemos de Dios y de todas las cosas en Dios, porque la esperanza es de lo que no se goza; pero entonces, cuando la fe y la esperanza desaparezcan, llegará la caridad al colmo de su perfección

Esa virtud, en su perfección, engloba todas las otras, ya que es la que más se aproxima a la Divinidad. Tan solo aquél cuyo corazón rebose de caridad podrá elevarse, conforme al verdadero destino del ser humano, a la región de los principios y aspirar a adquirir la Consciencia Crística.





"EL VIENTO SOPLA HACIA DONDE QUIERE:
OYES SU RUMOR, PERO NO SABES DE DÓNDE VIENE NI ADÓNDE VA.
ASÍ SUCEDE CON EL QUE HA NACIDO DEL ESPÍRITU"
-Juan 3:8-

G.E.I.M.M.E.
Grupo de Estudios e Investigaciones
Martinistas y Martinezistas de España
Apartado de Correos nº 55.031
28080 MADRID
ESPAÑA
geimme@arrakis.es